

LA SIMPATÍA MORAL COMO FUNDAMENTO
PARA LA SOCIABILIDAD HUMANA EN DAVID HUME

María Alejandra Cantor Orozco

Universidad Santo Tomás
Facultad de Filosofía y Letras
Licenciatura en Filosofía y Lengua Castellana
Bogotá, D.C., Colombia

2022

LA SIMPATÍA MORAL COMO FUNDAMENTO
PARA LA SOCIABILIDAD HUMANA EN DAVID HUME

María Alejandra Cantor Orozco

Monografía de Grado presentada como requisito para optar al título de:

Licenciada en Filosofía y Lengua Castellana

Asesor:

Henry Camilo Bejarano Sanabria

Universidad Santo Tomás

Facultad de Filosofía y Letras

Licenciatura en Filosofía y Lengua Castellana

Bogotá, D.C., Colombia

2022

Resumen

El presente escrito señala cómo la simpatía, como sentimiento moral en Hume, se constituye en un aspecto fundamental para la sociabilidad humana. La monografía está compuesta por dos capítulos: en el primero se analiza que la simpatía es un principio moral que permite comunicar deseos, afectos y emociones; y en el segundo se argumenta que la simpatía es, en efecto, un modo fundamental para la sociabilidad humana. El referente teórico desde el cual se fundamentó este escrito tiene como base la filosofía moral, en respuesta, precisamente, a la idea de examinar cómo la simpatía se constituye en un aspecto fundamental para la sociabilidad humana. El trabajo de grado, asimismo, en el marco de la investigación documental, está sustentado en algunas aserciones de las obras de Hume tales como el *Tratado de la naturaleza humana* (1739/1977)¹, *Investigación sobre los principios de la moral* (1751/1968)² y la *Disertación sobre las pasiones* (1757/2012)³, además de aportes de estudiosas de la filosofía moral como lo son la filósofa colombiana Ángela Calvo y la filósofa española Victoria Camps.

Palabras clave: Hume, sentimiento moral, simpatía, sociabilidad humana.

¹ El *Tratado de la naturaleza humana* (a partir de ahora solo *Tratado*) fue publicado originalmente por David Hume en 1739 en idioma inglés. Sin embargo y para fines prácticos, aquí se citará la versión traducida y publicada en español por Félix Duque en 1977; traducción sobre la base de la reimpresión –editada por Selby-Bigge– de la edición original.

² La *Investigación sobre los principios de la moral* (a partir de ahora solo *Investigación*) fue publicada originalmente por David Hume en 1751 en idioma inglés. No obstante, y para fines prácticos, aquí se citará la traducción al español realizada por Manuel Fuentes Benot, publicada en 1968.

³ La *Disertación sobre las pasiones* (a partir de ahora solo *Disertación*) fue publicada originalmente por David Hume en 1757 en idioma inglés, pero para fines prácticos aquí se citará la traducción al español de José Luis Tasset, publicada en 2012.

Abstract

This paper shows how sympathy, as a moral sentiment in Hume, is a fundamental aspect of human sociability. The monograph is composed of two chapters: the first discusses that sympathy is a moral principle that allows communicating desires, affections and emotions; and the second argues that sympathy is, indeed, a fundamental mode for human sociability. The theoretical reference from which this paper was based is based on moral philosophy, precisely in response to the idea of examining how sympathy is a fundamental aspect of human sociability. The degree work, also, in the framework of documentary research, is supported by some assertions of Hume's works such as the *Treatise of Human Nature* (1739/1977)⁴, *An Inquiry on Human Nature* (1751/1968)⁵ and the *Dissertation on passions* (1757/2012)⁶, as well as contributions of scholars of moral philosophy such as the Colombian philosopher Angela Calvo and the Spanish philosopher Victoria Camps.

Keywords: Hume, moral sentiment, sympathy, human sociability.

⁴ The *Treatise on Human Nature* (henceforth only *Treatise*) was originally published by David Hume in 1739 in English. However, for practical purposes, here we will quote the version translated and published in Spanish by Félix Duque in 1977; translation based on the reprint -edited by Selby-Bigge- of the original edition.

⁵ *The Enquiry Concerning the Principles of Morals* (hereafter only *Enquiry*) was originally published by David Hume in 1751 in English. However, for practical purposes, the Spanish translation by Manuel Fuentes Benot, published in 1968, will be cited here.

⁶ The *Dissertation on the Passions* (from now on only *Dissertation*) was originally published by David Hume in 1757 in the English language, but for practical purposes here we will quote the Spanish translation by José Luis Tasset, published in 2012.

A mi mamá, por enseñarme que todo es posible
A mi familia y maestros, por el apoyo en cada paso
A Ozzy, por acompañarme en los días buenos y malos
A Laura y Juan, por su amistad incondicional a lo largo de este espinoso camino

*Busca a tu complementario,
que marcha siempre contigo,
y suele ser tu contrario.*

Antonio Machado

Tabla de contenido

Resumen	3
Abstract	4
Introducción	9
Antecedentes	12
I. Las pasiones como base de la filosofía moral en David Hume	25
i. Sobre las percepciones.....	25
ii. Una aproximación a la teoría de las pasiones de David Hume	27
iii. Sobre las pasiones o impresiones de reflexión.....	28
iv. Sobre la moral y el sentimiento moral.....	31
v. La simpatía moral como principio en la filosofía moral de Hume.....	38
vi. Sobre la razón y el juicio moral.....	47
II. La simpatía como fundamento de la sociabilidad humana	50
i. Sobre la sociabilidad humana.....	50
ii. Sobre las virtudes sociales y su utilidad.....	55
iii. Sobre la simpatía social.....	61
iv. La <i>conversación</i> como herramienta de la simpatía para la sociabilidad humana.....	65
Conclusiones	69
Bibliografía	74

Tabla de Ilustraciones

Ilustración 1. Sobre las percepciones en David Hume.....	30
---	----

Introducción

La presente investigación reflexiona sobre los aportes de David Hume en el campo de la filosofía moral y entabla un diálogo entre las siguientes categorías: *filosofía moral*, *simpatía*, *sentimiento moral* y *sociabilidad humana*. La pertinencia y abordaje de este proyecto gira en torno a las emociones (pasiones), partiendo de la filosofía moral y sus efectos en la esfera social. El proyecto supone un esfuerzo pertinente en la actualidad, pues se ocupa de categorías como la simpatía, la cual nos acerca o aleja de los otros y sus realidades. Con la intención de escudriñar el valor de la simpatía como motor de las pasiones y la creación o fomentación de posibles espacios para la excitación de la misma, la cual ayuda a desvanecer las brechas y diferencias mediante la conversación, es que nace este proyecto.

Pensar en el ser humano fuera del campo social resulta incomprendible para Hume (y para mí), por lo que, a partir de la simpatía, se explora el siguiente interrogante: ¿cómo la simpatía es un principio moral que, además de conocer deseos y sentimientos, se constituye en un aspecto fundamental para la sociabilidad humana? La respuesta a esta problemática se irá hilando en función de las siguientes preguntas: ¿Qué son las pasiones? ¿Qué es la simpatía? ¿Por qué la simpatía es un principio moral en Hume? ¿Es importante la simpatía al momento de las relaciones sociales?

A partir de lo anterior, el objetivo principal es investigar el papel de los sentimientos en la filosofía moral y, de manera más concreta, descubrir por qué la simpatía es el principio moral por excelencia en Hume y cómo se constituye en un aspecto fundamental para la sociabilidad humana. Es en este campo temático en que se ubica mi propuesta investigativa, diseñada en el marco de la línea de investigación

“Filosofía práctica y pensamiento filosófico desde América Latina”, del grupo de investigación Fray Bartolomé de las Casas de la Universidad Santo Tomás.

Para lograr el desarrollo del objetivo general se realizó una investigación de tipo documental, respaldada por un análisis de carácter interpretativo. Para la selección de los artículos citados se contó con una rigurosa búsqueda en bases de datos que tuviesen relación directa con el objetivo a desarrollar. Dentro de los parámetros principales a tener en cuenta a la hora de leer y citar estuvo el año de publicación, el índice de impacto de la revista y el número de citas del artículo.

La bibliografía que dio lugar al análisis interpretativo está compuesta de artículos investigativos y críticos sobre Hume; además, se tienen en consideración los principales textos de Hume -al menos en los cuales bosqueja su apuesta moral-: *Tratado de la naturaleza humana* (1977), *Investigación sobre los principios de la moral* (1968) y la *Disertación sobre las pasiones* (2012). El lapso entre la creación de una obra y otra supone constantes variaciones y alteraciones en el sentido de la filosofía moral del autor, lo cual dificultó el análisis interpretativo y la apuesta escritural de esta investigación. En el primer texto se evidencia que el Hume del *Tratado* es un jovial filósofo que no soportó las críticas de la época. De hecho, fue tanta la frustración ante el rechazo de sus contemporáneos al *Tratado*, que el autor se encarga de reconfigurar y disipar el significado de categorías como ‘naturaleza’ o ‘simpatía’ en sus otros dos textos, creando confusión en el lector, pues hay momentos en que podría pensarse que se leen dos sistemas filosóficos distintos.

En el segundo texto se identifica que el Hume de la *Investigación*, cual si fuese un collage, se encarga de copiar y pegar sus contribuciones más significativas de la moral y se esmera por recibir el

reconocimiento que no logró con el *Tratado*, pero es evidente que gran parte de sus postulados ya estaban consignados en su vergonzosa primera obra. Finalmente, la exploración de la *Disertación* (2012) resulta ser lo que Hume nunca quiso escribir: un texto denso y filosófico en todo el sentido de la palabra, pues el léxico llega a ser tan especializado que se hace pesada y aburrida su lectura.

Considerando lo anterior, este trabajo de investigación tiene como base dos justificaciones esenciales. En primer lugar, mi interés personal por introducirme en la filosofía práctica propuesta por el autor y, con ayuda de la misma, inquirir en la filosofía moral del filósofo de Edimburgo. En segundo lugar, mi intención subjetiva -que va de la mano con la actualidad con que puede leerse e interpretarse la moral- y, en especial, el estudio de la simpatía moral humeana. La pertinencia académica del tema y la importancia existencial de indagar sobre el papel de las emociones y los sentimientos en la vida humana es explícita. No es posible pensar-se como un ser netamente racional, separado de las emociones y deseos, los cuales nos motivan a actuar de determinada manera dependiendo de la situación; así mismo, la intención de resaltar la fuerza de la simpatía y la conversación (su herramienta) para la resolución de problemas vigentes, se convierte en una necesidad para la sociedad actual.

Antecedentes

El estudio de las pasiones o sentimientos humanos integra en la actualidad un amplio campo de investigación en filosofía. Bajo esta perspectiva, señalan Pinedo-Cantillo y Yáñez-Canal (2017) que el estudio por las emociones y la moral ha presentado una constante actualización en campos como *Filosofía* y *Psicología*, donde “se evidencia un renovado interés e intensos debates en torno a diversos planteamientos que intentan desentrañar la naturaleza y los rasgos definitorios de las emociones y la relevancia que estas pueden tener en distintos ámbitos” (p. 106). Estos nuevos enfoques actualizan y resignifican posturas filosóficas en vastos campos de investigación interesados en las emociones, sentimientos y, en general, la vida humana. Asimismo, Pinedo-Cantillo y Yáñez-Canal (2017) reconocen el valor de estas investigaciones en temas como la moral, la educación e incluso la vida pública de los ciudadanos.

Hablar de emociones en el campo filosófico no sería posible sin el abordaje de la categoría pasión, proveniente del griego *pathos*, la cual hace referencia a un cúmulo de sensaciones, sentimientos y emociones que configuran la parte más sensible, natural, finita y vulnerable del ser humano. Un repaso por la literatura antigua nos dirige a las Tragedias, género literario cargado de puro *pathos* y caracterizado por ubicar al protagonista en azarosas y contingentes situaciones debido a su falta de control sobre pasiones como el amor, la tristeza o el miedo.

La solución a las tragedias griegas y conflictos diarios sería de fácil resolución para un racionalista, pues arreglaría todo haciendo uso estricto de la recta razón, pero la verdad es que el ser humano es *pasión* y *razón*, de manera que eliminar alguna de las dos sería casi como desmembrarlo. Las pasiones son pura

emoción y acción. Si bien la rivalidad entre la recta razón y las pasiones ha sido un problema que data desde los inicios de la historia de la humanidad, aquí se busca conciliar un poco el valor y la relación entre ambas.

En el mundo antiguo el interés por el estudio de las emociones y la moral es igual de valioso al desarrollado en la actualidad. Como muestra de ello, indican Pinedo-Cantillo y Yáñez-Canal (2018) que para los griegos

las emociones están en estrecha relación con los problemas de la felicidad, la vida buena, la virtud y el dolor que atraviesa la existencia humana. Los éxitos y triunfos, los fracasos y desengaños, las dificultades de la vida en comunidad, la amistad y la educación de los ciudadanos (p. 18).

Esto es elemental, pues nos anticipa el valor asignado a las emociones y su papel en la cotidianidad y sociabilidad del ser humano; cotidianidad que está acompañada de familiares, amigos y extraños, pues todos ellos hacen parte de una misma comunidad la cual se ve afectada por las acciones cometidas por sus integrantes. Dicho de otro modo, de las pasiones que motivan a la acción del hombre deben pensarse las consecuencias con sus posibles afectaciones a nivel individual y comunitario; esta consideración e importancia de las pasiones nació en el mundo antiguo pero es totalmente aplicable al mundo actual.

Una de las teorías más antiguas y sólidas sobre las emociones es la de Aristóteles. Pese a que el Estagirita no escribe un sistema completo sobre el tema, sus aportes se encuentran esbozados en la *Ética a Nicómaco*, la *Ética eudemia* y la *Retórica*. Sus apreciaciones sobre las pasiones están acompañadas de placer o dolor, las cuales se desprenden de acciones virtuosas o viciosas respectivamente. Las reflexiones aristotélicas en torno a las emociones suelen estar acompañadas del conocimiento moral, es por ello que

en sus textos resalta las “pasiones más comunes que afectan a los seres humanos en su relación con los demás y que, en general, deben ser manejadas adecuadamente para alcanzar la perfección de la naturaleza humana”. (Pinedo-Cantillo y Yáñez-Canal, 2018, p. 19).

Aristóteles (1998) en la *Ética Nicomáquea* declara que, “vivir bien y obrar bien es lo mismo que ser feliz” (IX, p.58). Aun cuando el *telos* de la filosofía aristotélica se pregunta por la *eudaimonía* (felicidad) y el modo de llegar a ella, es evidente que las pasiones juegan un papel esencial para tal fin en el campo moral, pues son las que nos llevan a actuar a fin de evitar el sufrimiento o generar placer y este último es considerado como el bien supremo. El estagirita reconoce el valor de las emociones en la moral en la medida en que, por ejemplo, un acto injusto contra una persona puede suscitar en nosotros ira o enojo; pero al mismo tiempo, una acción noble y virtuosa puede despertar en nosotros compasión o benevolencia.

Una acción moral es considerada como reprochable cuando está asociada con un motivo vicioso; en contraste, una acción es alabada cuando su motivación es virtuosa. Esta concepción ética y moral es vigente en la actualidad en varios sistemas filosóficos y configura la base de las leyes morales universales que rigen la sociedad. Más adelante veremos qué elementos conserva Hume de Aristóteles y otros autores de la antigüedad y contemporáneos con el filósofo escocés.

Seguimos con la concepción epicureista de las emociones y de la cual se percibe una fuerte impronta en Hume, pues en ambos sobresale la necesidad de hacer filosofía práctica. Para Epicuro (2012) las pasiones están directamente relacionadas con el placer y el displacer, la sensación y la ausencia de la misma. Al respecto, en la carta a Meneceo el filósofo indica que “la muerte no tiene nada que ver con

nosotros, todo bien y todo mal radica en la sensación, y la muerte es la privación de sensación” (p. 88) El maestro del *Jardín* tiene claro que las acciones del ser humano tienen como fin buscar el placer y evitar el sufrimiento.

Por más que Epicuro contemple una vida en función de los placeres, es importante rescatar el altruismo y reconocimiento del otro en la convivencia diaria (Pinedo-Cantillo y Yáñez-Canal). Epicuro no incita a los excesos, pues estos traerían consigo sufrimiento, sino que busca lo necesario, al igual que para Aristóteles (1998), “la prudencia es un modo de ser racional verdadero y práctico, respecto de lo que es bueno y malo para el hombre” (VI, 1140b.5), Con todo, resulta evidente que ambos autores actúan en búsqueda de la virtud más deseable: la prudencia (el justo medio) o sensatez –en Epicuro-. Epicuro (2012) define a la sensatez como la base de la que se derivan las demás virtudes, e indica que

no es posible vivir gozosamente sin hacerlo sensata y hermosamente y de forma justa ni tampoco sensata y hermosamente y de forma justa sin hacerlo gozosamente. Pues las virtudes están unidas por principio al hecho de vivir gozosamente, y el hecho de vivir gozosamente es inseparable de ellas (p. 91).

A fin de cuentas, la noción de sensatez en Epicuro no dista mucho de la noción de prudencia en Aristóteles, pues ambas son la base de todas las virtudes y fomentan el equilibrio o justo medio en el actuar humano. Epicuro busca liberarse de las ataduras, deseo, sufrimiento, en suma, busca la *ataraxia* o ausencia de dolor.

Contrario al epicureísmo, los estoicos tenían una percepción de tipo cognitivo totalmente distinta sobre las pasiones y, de hecho, las consideraban enteramente irracionales. Esta noción negativa de las

pasiones ha estado latente en varios filósofos posteriores, quienes demarcan una ruptura radical entre los designios de la recta razón y la ausencia de un juicio racional y concienzudo en las emociones. La separación de la razón y las pasiones trajo consigo múltiples debates de tipo académico y religioso en la época medieval. En la actualidad, en campos como la psicología se ha logrado reconciliar a las pasiones con la razón y asignarles el valor que se merecen, sin necesidad de subordinar a la una o a la otra.

Ahora bien, aunque la moralidad en el campo de la filosofía y sus efectos se suele estudiar a partir de la racionalidad (v.gr. Platón, Kant, Habermas), a lo largo de la historia ha habido autores que han cimentado sus reflexiones morales en torno a los sentimientos, pasiones o principios, ubicando generalmente una jerarquía entre uno y otro. En esta oportunidad nos enfocaremos en la apuesta moral del filósofo David Hume, considerado por Mestre Chust y otros autores, como integrante del emotivismo moral al igual que sus contemporáneos A. Smith, Shaftesbury y Hutcheson, dentro de lo que se conoce como la “escuela escocesa de los sentimientos morales”.

Hume fue un autor incomprendido por sus coetáneos, aun así, sus escritos han sido por años estudiados y se ha reivindicado su valor en la actualidad, en especial el de su apuesta moral. La exploración de la moral de Hume es un tema de alta relevancia en la actualidad y esto lo reconocen autores como la profesora de la Universidad Javeriana Ángela Calvo en su libro *El carácter de la ‘verdadera filosofía’ en Hume* (2011), donde indica que:

Desde la creación de la *Hume Society* en 1974, y de la publicación de los *Hume Studies* a partir de 1975, especialistas del mundo entero se han dedicado con denodado esfuerzo a cambiar esa imagen fragmentada y unilateral de la filosofía de Hume. (p. IV).

Ciertamente, investigadoras como la filósofa colombiana Ángela Calvo son un ejemplo cercano de la pertinencia y vigencia del pensamiento del autor en la actualidad. Lo mismo ocurre con la filósofa española Victoria Camps quien escribe *El gobierno de las pasiones* (2011), libro que reúne los aportes más relevantes en el ámbito ético y moral de autores como Aristóteles, Spinoza, Hume, entre otros, que han dedicado gran parte de su conocimiento al estudio de las pasiones y la importancia de la mismas en la toma de decisiones en la cotidianidad.

Aunque nos enfocaremos en la filosofía moral de David Hume, no pueden dejarse de lado las influencias y los aportes de sus contemporáneos. Por un lado, Shaftesbury piensa que la moral es autónoma e independiente y, a su vez, avala la existencia de cierto innatismo en los sentidos o sentimientos. Tanto Hume como Shaftesbury concuerdan en un punto y es que, contrario al planteamiento de Hobbes, una de las funciones de la moral es mostrar que el hombre no es egoísta por naturaleza, sino que tiende a la cooperación. Lo anterior es legitimado por Sánchez (2014) en el prefacio al *Leviatán*, donde expresa que Hobbes niega el “altruismo natural del hombre: afirma, en cambio, su rapacidad innata, su inicial posición de guerra contra todos, la impotencia natural de la razón, para guirlo” (p. XII).

La concepción moral de Shaftesbury, nos indica Figueroa (2007), es considerada como una de las bases de la *filosofía sociable*, la cual pretendía que los hombres “pudiesen entender la sociedad, ya no como un artificio orientado a reprimir el egoísmo humano, sino como una expresión natural de la propensión humana a la sociabilidad” (p. 8). De igual modo, pareciera que Shaftesbury critica fuertemente la idea contractualista donde se infiere que el nacimiento de la sociedad es a través de un pacto entre individuos

aislados e independientes. Para Hume esto es absurdo puesto que el hombre por su naturaleza *es* un ser social, de manera que resulta inconcebible pensar un hombre fuera de la sociedad. Con todo, la diferencia entre Shaftesbury y Hume radica en que el primero concebía la simpatía como un elemento del sentir, en cambio, para Hume la simpatía es un elemento fundamental o “disposición que permite la comunicabilidad y la transferencia de ese sentir” (Infante del Rosal, 2013, p. 181).

Por otro lado, la moralidad de Hobbes es parcialmente natural, pues desde el nacimiento ‘el hombre es un lobo para el hombre’, lo cual significa que el estado de naturaleza me lleva a hacer todo lo posible por sobrevivir; para Hobbes (2014) “el hombre que se obstina a permanecer en estado de naturaleza contradice su propia esencia” (prefacio, p. XX). A la noción individualista que legitima el uso de la violencia en pro de la supervivencia personal es a la que Hume y Shaftesbury consideraban egoísta, pues el hombre en Hobbes solo piensa en el bienestar particular, en evitar una muerte violenta a como de lugar y defender lo propio. No obstante, el hombre está dispuesto a ceder parte de su naturaleza a un tercero, mediante un pacto, en virtud de su supervivencia.

Tomar la decisión de ceder parte de la naturaleza presupone para el hombre un riesgo puesto que quedaría expuesto y vulnerable al otro, a la sociedad. Adherirse a un pacto con otros sitúa en el limbo del escepticismo al hombre hobbesiano, pues yo soy el encargado de cumplir *mi* parte del pacto, a pesar de ello, mis acciones no son enteramente condicionantes de los actos de los demás dentro del pacto. La falta de garantías amplía la posibilidad de que los pactos se incumplan, generando en el hombre miedo e inseguridad de unirse al pacto.

La noción egoísta de la filosofía de Hobbes sigue estando presente cuando el hombre accede al pacto; a propósito de lo anterior Martínez (2008) concuerda con lo expuesto hace unas líneas y concluye que cuando el hombre accede al pacto es porque “por mi propia preservación y bienestar debo pactar, para así obtener los beneficios que me da el vivir en sociedad” (p.17). El motor que conduce al hombre a pactar es el poder beneficiarse de los elementos que implica vivir en sociedad; mas si no fuese porque el hombre se ve beneficiado por el pacto, por ejemplo, por las alianzas de carácter cooperativo, las cuales le convienen para conservar su propio bienestar al estar dentro de la sociedad, el hombre hobbesiano no tendría problema con seguirse proveyendo la vida amparado bajo la ley del más fuerte.

Sigamos, pues, con la influencia de Hutcheson en Hume. La huella de Hutcheson en Hume es perceptible en su teoría de impresiones e ideas. Además de ello, ambas teorías morales tienen como base la benevolencia (simpatía) y el utilitarismo. Pese al valor que asignan sus sistemas morales a la utilidad, ninguno de los dos es considerado propiamente como utilitarista, pues la utilidad no es la que gobierna su filosofía moral. Este elemento es de especial relevancia dado que Hume ve como útiles a las virtudes más no establece como condición necesaria que las virtudes sean útiles socialmente para catalogarse como buenas.

Hume también considera como buena la manera virtuosa de actuar de un sujeto aún cuando *no* se esté pensando en el bien común; a pesar de que el beneficio sea hacia un individuo específico, la sociedad se está viendo beneficiada, pues el individuo forma parte de ella. Siguiendo a Infante del Rosal (2013), Hutcheson pregona sobre la utilidad en términos cuantitativos, midiendo así que el mayor bien es

proporcional a la mayor búsqueda de felicidad, “lo que le mueve es la conciencia *cualitativa* de la Humanidad” (p.188).

Al igual que Shaftesbury, Carrasco (2015) recuerda que tanto para Smith como para Hume es menester encontrar métodos que ayuden a restringir la tendencia egoísta expuesta por Hobbes. Para Smith esta herramienta será la moral pues es “capaz de transformar nuestras pasiones desde dentro. La moral abre una nueva dimensión en la vida humana y su función, más allá de la paz y armonía social, es promover la perfección de la persona” (p. 4). En compensación, el pensamiento de Hutcheson puede leerse de manera análoga al de Hume. Hutcheson y David Hume heredan las inquietudes filosóficas de Shaftesbury y continuarían con “la defensa del carácter natural de la moralidad y la crítica a la concepción egoísta del ser humano” (p. 115) planteada y defendida por Hobbes.

De igual modo, hoy día autoras como Martha Nussbaum (2008) en *Paisajes del pensamiento: la inteligencia de las emociones* destaca el aporte positivo de las emociones a la deliberación ética tanto personal como pública; al respecto expresa Nussbaum (2008) que

si las emociones están imbuidas de inteligencia y discernimiento y si contienen en sí mismas conciencia de valor e importancia, no pueden, por ejemplo, dejarse fácilmente a un lado a la hora de dar cuenta del juicio ético, como ha sucedido a menudo en la historia de la filosofía” (p. 21)

Nussbaum intenta conciliar el papel de las emociones en la moralidad y las concibe como una parte esencial del “sistema de razonamiento ético” (p.22). Referente a esto, López (2015) condensa las principales apreciaciones de Nussbaum sobre la contribución de las emociones y destaca que estas “se dan básicamente a través de lo que ella llama imaginación narrativa y que está estrechamente relacionada con

la imaginación empática” (p. 44). Como lo reconoce la misma autora norteamericana, la filosofía moral de Hume se constituye en el siglo XVIII como antecedente de su propuesta política; valga la pena aclarar que la presente investigación no pretende abordar la postura política del autor, sino que se limita a explorar su entramado moral. Aunque es clara la influencia de Hume en algunos postulados y propuestas de Nussbaum, es importante recordar que la autora se aleja del autor en lo relacionado con las principales diferencias entre la simpatía de Hume y la empatía de Nussbaum, al respecto López (2015) resalta que

La empatía me permite imaginar la situación del hombre rico, aquello que he dicho me ha representado, pero no he llegado a sentir simpatía, es decir, no he establecido el juicio de que su dolor es inmerecido o impide su bienestar. (p.46).

Dicho de otro modo, la empatía me posibilita *imaginar* la desgracia del otro, pero es la *simpatía* la que, de manera análoga, imagina y compara dicho sufrimiento con un dolor similar padecido. En cambio, para Hume la simpatía es una tendencia natural bastante superior en la medida en que *nos permite ponernos en el lugar del otro y ser partícipes de su sufrimiento*; esto es perfectamente expresado por Mercado (2004), quien recuerda que

La simpatía (sympathy) corresponde a una predisposición natural a sentir como propias las emociones de los demás, cuya fuerza depende de las relaciones que de hecho nos ponen en una situación de cercanía o lejanía con respecto a las personas (p. 27).

En otras palabras, la simpatía no sólo me permite *imaginar* la situación causa de goce o sufrimiento del otro, sino que me posibilita para sentir alegría, compasión o ira. Siguiendo a Camps (2011), la simpatía es “la capacidad que tenemos de colocarnos en el lugar del otro y ponernos en la situación del

espectador que se esfuerza por hacer suyos unos sentimientos que no solo no tiene, sino que quizá no haya experimentado nunca” (p. 103 -104) Aunque no sabemos qué o cómo se sienten los otros, al menos podemos hacer una idea, imaginar cómo se sienten los demás y pensar cómo nos podríamos sentir nosotros si fuésemos las personas en determinada situación. Adicionalmente, la simpatía cuenta con una herramienta esencial para el desarrollo de la imaginación de estos sentimientos y es la *conversación*, pues es mediante el acto comunicativo que logro entender en realidad cómo se siente el otro y ponerme en su lugar, esto gracias a la sensibilización de la palabra (tema a desarrollar en el segundo capítulo).

La simpatía se convierte en un engranaje fundamental para entender la apuesta moral del autor y, en específico, su relación con su uso práctico en la *sociabilidad humana*. La simpatía es imparcial y motiva a las pasiones. No importa si el objeto que suscita simpatía es un amigo o desconocido, la simpatía es natural en todos los hombres por lo que su fuerza y capacidad de compadecerse o alegrarse de los triunfos de los otros aparece sin importar la cercanía. Al respecto, indica Cano (2011) que sin la influencia de la simpatía pareciera “impensable excitar otras pasiones de no existir este principio. Ello se debe al hecho de que el hombre es un animal social” (p. 113).

Ahora bien, aquí conviene hacer una precisión importante. A pesar que la tesis más conocida de Hume consiste en afirmar que el fundamento de la moral se encuentra en las pasiones y no en la razón, esta investigación busca reivindicar la razón en la filosofía moral de Hume. A propósito, el autor deja expresa en el *Tratado* que las emociones son cadenas de razonamientos y, por tanto, no pueden pensarse como irreflexivas. Vamos a la fuente, “los problemas del entendimiento y las pasiones constituyen por sí

mismos una cadena completa de razonamientos" (Hume, Advertencia del libro 1.2 del Tratado de la Naturaleza Humana, 1977, p. 31).

El filósofo escocés no desconoce el valor de la razón en todas las cuestiones correspondientes al conocimiento y reconoce que la razón será auxiliar en la moral, no obstante, la moral es propiamente práctica, es decir que incita a la acción del hombre. En ese caso, la razón no está en capacidad de alcanzar un juicio sobre el bien o el mal, pero sí puede orientarnos acerca de los beneficios o consecuencias que contiene el acto. Los juicios morales no son juicios lógicos ni empíricos (experienciales), por tanto, un juicio moral tiene como base las pasiones (sentimientos).

Tal y como se expresaba al inicio de la investigación, este proyecto está constituido por dos capítulos que buscan responder a la pregunta: ¿Cómo la simpatía moral se constituye en un aspecto fundamental para la sociabilidad humana? Con la intención de resolver esta pregunta nos valdremos del método deductivo; empezaremos con una aproximación general de las pasiones, moral y simpatía para poder llegar a la resolución del asunto específico.

El primer capítulo de esta investigación se titula "*Las pasiones como base de la filosofía moral en David Hume*". Este apartado señala los principales aportes que realiza Hume en el *Tratado* en torno a las pasiones, la moral y la simpatía. En el *Tratado* Hume realiza una aproximación al origen de nuestras ideas, empezando con las percepciones de la mente humana: entre estas separa las impresiones de las ideas y, a su vez, divide estas entre simples y complejas. Dentro de las impresiones simples se encuentran las de sensación y de reflexión, en estas últimas se ubican las emociones, deseos o pasiones, categorías en que vamos a centrar nuestro interés. Al mismo tiempo nuestro filósofo distingue las pasiones entre directas e

indirectas. Las directas surgen de manera inmediata al placer o el dolor. Las indirectas, aunque surgen a su vez de la sensación, son mediadas por una idea.

La moral y la simpatía configuran la columna vertebral de este proyecto y, en especial del primer capítulo. Si bien los sentimientos actúan en la moral y son el motor que orienta a las acciones, estas presentan dificultades cuando se enfrentan a escenarios con sujetos que hacen parte de un círculo social cercano o distante. La simpatía es, entonces, pasión y principio moral, de manera que regula nuestro modo de aprobar o desaprobar algo.

Finalmente, en el segundo capítulo vamos a evidenciar que la *simpatía* es un principio que nos sirve para comunicar emociones y da paso a la sociabilidad de los hombres. De igual manera, la simpatía hace uso de la *conversación* como herramienta que facilita el interactuar y la *sociabilidad* del uno con el otro. Es así como la *conversación* se convierte en un puente entre un círculo social cercano y uno lejano. Este capítulo tiene como finalidad mostrar cómo la sociabilidad, mediada por la conversación, nos hace más humanos y contribuye a la cercanía con el otro lejano, diferente.

I. Las pasiones como base de la filosofía moral en David Hume

El presente capítulo es fundamental para la comprensión y argumentación del escrito dado que se ocupa del *Tratado* de Hume, texto en el que el autor realiza una aproximación al origen de nuestras ideas. Hume parte de la pregunta por el conocimiento, el cual está compuesto por percepciones de la mente humana. Percepciones las hay de dos tipos: impresiones e ideas. Tanto las primeras como las segundas se dividen entre simples y complejas. Dentro de las impresiones simples se encuentran las de sensación y de reflexión, en estas últimas se ubican las emociones, deseos o pasiones. Al mismo tiempo nuestro filósofo distingue las pasiones entre directas e indirectas. Las directas surgen de manera inmediata al placer o el dolor. Las indirectas, aunque surgen a su vez de la sensación, son mediadas por una idea. Una vez realizado el abordaje de las pasiones el capítulo se centrará en la moral y la simpatía, elementos que fundamentarán el segundo capítulo.

i. Sobre las percepciones

Para Hume todo lo que hay en la mente son percepciones; como consecuencia, el conocimiento está compuesto de las mismas. En otras palabras, no se puede sentir, pensar, ni tener experiencia de aquello que no sea percibido. Ahora bien, si todo lo que sentimos o pensamos son percepciones y nada está fuera de ellas, entonces las *pasiones* también lo son. El autor da inicio a la Parte *primera* del *Tratado* escribiendo que “todas las percepciones de la mente humana se reducen a dos clases distintas” (I. I. p. 87, 1977) a las que denomina *impresiones e ideas*. Hume señala que existen dos diferencias: a) la fuerza o viveza con que

se presentan ante nuestra mente; *b*) el orden y la sucesión temporal en que aparecen. Respecto a la primera diferencia, Hume (1977) indica:

A las percepciones que entran con mayor *fuerza* y violencia las podemos denominar *impresiones*; e incluyo bajo este nombre todas nuestras *sensaciones, pasiones y emociones* tal como hacen su primera aparición en el alma. Por *ideas* entiendo las imágenes débiles de las impresiones, cuando pensamos y razonamos; de esta clase son todas las percepciones suscitadas por el presente discurso, por ejemplo, con la sola excepción del placer o disgusto inmediatos que este discurso pueda ocasionar. (I, I, p. 87, itálica puesta por mí).

De ahí que la diferencia fundamental entre impresiones e ideas no radique en sentir y pensar. sino esta diferenciación está en función del grado de intensidad de la percepción. Mientras que sentir consiste en tener percepciones con mayor grado de vivacidad y se les conoce como *sensaciones*, pensar se fundamenta en percepciones más débiles, es decir, en *ideas*. Las impresiones son aquellas que perciben algo en el presente, de manera inmediata y, por ende, su grado de intensidad es más fuerte. Mientras que las ideas son menos fuertes dado que no se ve o percibe la idea en sí, sino que se *imagina*.

En lo que se refiere a la segunda diferencia, Hume señala un orden jerárquico ubicando a las impresiones primero y a las ideas luego. Esta jerarquía se genera puesto que la impresión es la percepción originaria y la idea es dependiente de ella, es decir, sin impresión no habría idea. El filósofo de Edimburgo anula la premisa racionalista de las ideas innatas expuesta por Descartes y deja claro que no tenemos ideas hasta después de haber tenido impresiones. De igual manera, es preciso señalar que toda percepción es doble en tanto que primero es impresión y luego idea.

Conjuntamente, para el autor las impresiones e ideas se dividen en simples y complejas. Toda percepción, es decir, toda impresión o idea simple se caracteriza por contar con un sólo elemento (color, sabor, textura, etc.), por tanto, son indivisibles. Las complejas, por el contrario, están compuestas por varios elementos y se pueden dividir en varias partes. Para entender mejor lo anterior, Hume (1977) propone el siguiente ejemplo: “Aunque un color, sabor y olor particulares sean cualidades que estén todas unidas en esta manzana, por ejemplo, es fácil darse cuenta que no son lo mismo, sino de que, por lo menos, son distinguibles unas de las otras.” (I, I, p. 88).

ii. Una aproximación a la teoría de las pasiones de David Hume

Al hablar de la filosofía moderna se suele pensar en la disputa moral y epistemológica entre dos grandes escuelas del pensamiento: el racionalismo y el empirismo. El primero sostiene que la única fuente de conocimiento es la razón y considera como válidas las ideas innatas, entre sus exponentes más destacados sobresale la figura de René Descartes. En cuanto al segundo, el empirismo afirma que el conocimiento procede de la experiencia y la evidencia sensible. Esta escuela de pensamiento se convirtió en lo que más tarde se denominaría como empirismo inglés; algunos de sus filósofos más destacados fueron John Locke (1632 - 1704), George Berkeley (1685 - 1753) y David Hume (1711 - 1776).

El *Tratado* es para Hume, en palabras de Cabezas (2008), “un intento de introducir el método experimental del razonamiento dentro del ámbito moral” (p. 9). Es por ello que se convierte en uno de los textos esenciales a explorar. En cuanto a la moralidad se refiere, el empirismo reemplaza la evidencia epistemológica por los sentimientos y las pasiones (motor de nuestro comportamiento). La máxima más

conocida de Hume (1977) está ubicada en el *Tratado*, donde se lee que “la razón es y sólo puede ser la esclava de las pasiones y no puede pretender otro oficio que el de servir las y obedecerlas”. (II. III. p. 617).

De acuerdo con la sentencia humeana, la razón es asistente de las pasiones, pero pese a que su función es secundaria en comparación con las pasiones, las cuales motivan propiamente a la acción humana, la relevancia de la razón jamás fue ignorada por el autor. Lo anterior sirve de antesala y lleva a profundizar, en un primer momento, en las pasiones y la necesidad de comprender el peso de algunas categorías como: percepción, impresión, pasión, principio, entre otras, dentro de la filosofía del escocés, pues de este modo resultará más sencillo entender su propuesta moral.

iii. Sobre las pasiones o impresiones de reflexión

El objeto de estudio del Libro II del *Tratado* son las pasiones. Hume reconoce cierta semejanza en el comportamiento humano y, por consiguiente, en las pasiones que nos configuran a nosotros y a los demás. Las pasiones son naturales y es por ello que resulta sencillo sentir felicidad o dolor al escuchar los logros o infortunios de alguien, en especial cuando de un ser querido se trata. Para Hume existen principios como la pasión que son inherentes al ser humano; Hume “defiende que existen unos «principios» comunes en la naturaleza humana” (Cano, 2011, p. 106), si bien, estos principios pueden explicar algunas de las conductas generalizadas del ser humano, es expreso que las condiciones de cada individuo y su manera de actuar son totalmente diferentes.

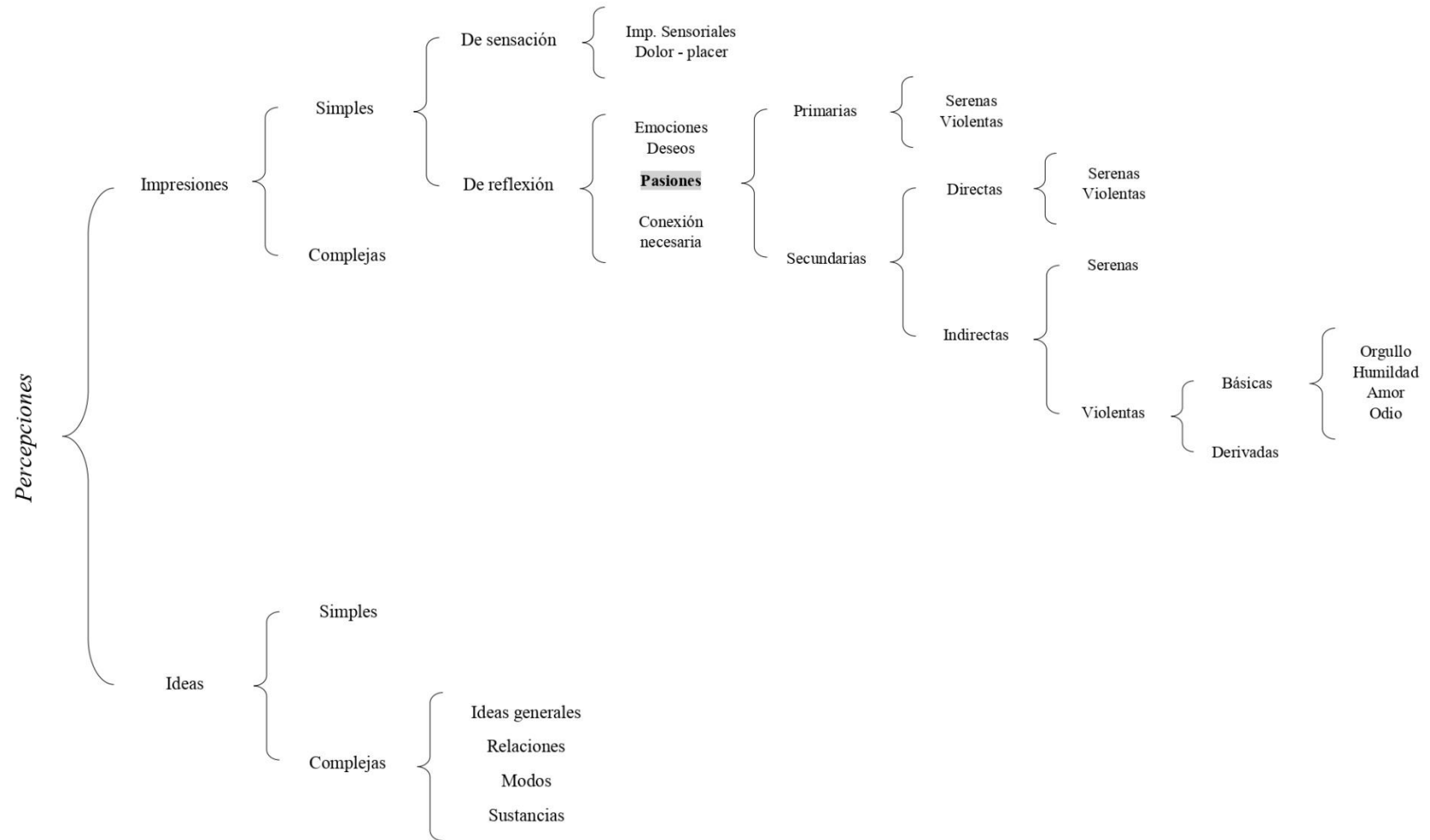
Las pasiones son impresiones simples y, por ende, de reflexión, pues nacen de las impresiones e ideas previas. Nos indica Téllez (2010) que pasiones las hay de dos tipos: directas e indirectas. Las directas

se originan de manera inmediata a partir del placer o el dolor. Las indirectas surgen de las mismas sensaciones, pero por medio de una idea.

Continuamos con la subdivisión reconociendo que las pasiones se dividen en serenas (apacibles) y violentas. Esta jerarquización (al igual que las anteriores) tiene como referente la vivacidad o intensidad con que las pasiones se nos presentan. Las *impresiones de sensación* u *originarias* son aquellas percepciones experimentadas a través de los sentidos. Entre estas podemos identificar el ver, tocar, sentir calor, frío, etc. Estas impresiones, expresa Cano (2011), son denominadas por el escocés como impresiones originales, “dado que surgen en la mente sin ninguna impresión anterior” (p. 103).

A diferencia de las anteriores, *las impresiones de reflexión* o secundarias corresponden a las *pasiones*, deseos, emociones, placer o dolor, debido a que su naturaleza es producto de una impresión original (de sensación) o de sus ideas. Al mismo tiempo, del placer y dolor se desprenden muchas otras pasiones como lo son el miedo, la compasión o esperanza y estas son copia de las impresiones originales, en consecuencia, son producto de las ideas. En suma, si la impresión tiene un grado de intensidad mayor esta será una pasión violenta y, si, por el contrario, la impresión es más débil, se denominará como pasión serena debido a su juicio *racional* y apacible. Las pasiones violentas son las de especial interés en Hume y de estas se desprenden el amor, orgullo, odio, etc.; su característica común es que son agradables o desagradables. En aras de clarificar las múltiples jerarquías anteriormente nombradas, véase a continuación la *Ilustración 1*: “*Sobre las percepciones en David Hume*” (p. 28).

Ilustración 1. Sobre las percepciones en David Hume



Nota: Adaptado del “Tratado de la naturaleza humana”. (Felix Duque, trad.) de H, David, 1977, (p. 445), Madrid, España: Editora nacional.

iv. Sobre la moral y el sentimiento moral

En este apartado nos ocuparemos de algunas nociones de la apuesta moral humeana. Más adelante, en el segundo capítulo, ahondaremos sobre este tema basándonos en su *Investigación* y las especificidades del sentimiento moral enunciadas en dicho libro. Por ahora es importante tener presente que el juicio moral no es producido por la razón. Hume (1977) critica los sistemas éticos de sus antecesores al indicar que los juicios morales no tienen su origen en la razón en la medida en que no son analíticos. Para el autor, las acciones “pueden ser laudables o censurables, pero no razonables o irrazonables” (p. 676). Es la apreciación que construimos en torno al bien o mal aquello que asigna un valor moral a los juicios. Para Hume, se juzga el hecho, la acción, no el enunciado o descripción del mismo.

En su *Investigación*, Hume dedica un apéndice encargado exclusivamente a desglosar lo que se refiere al sentimiento moral. De acuerdo con Calvo (2011), Camps (2011) y otros, de la propuesta ética humeana deriva la reflexión filosófica sobre lo que es bueno o malo a partir del concepto de la moral. Desde chicos nos indican que la moral es la encargada de decidir lo que es o no correcto y, en muchas ocasiones, guía el comportamiento a tener en distintos escenarios de la vida diaria. El filósofo escocés expone que la razón es incapaz de decidir qué es lo correcto o incorrecto, esto se debe a que la razón se dedica expresamente al conocimiento lógico.

Los juicios morales, al igual que otra operación de la mente, son percepciones. La moral es un conjunto de normas o leyes que se encarga de juzgar y distinguir lo bueno de lo malo. Camps (2011), en el libro *El gobierno de las emociones*, compila algunas ideas de filósofos como Aristóteles, Spinoza, Hume, entre

otros, en torno al tema de la moral en relación con las emociones. La filósofa española rescata el sistema moral de Hume orientado hacia la emotivismo e indica que la moral es “una sensibilidad, pues hace que nos sintamos atraídos hacia lo que está bien y repulsión hacia lo que está mal” (p. 17). Camps precisa que una persona con sensibilidad moral actúa de manera afectiva ante un hecho inmoral; la persona llega a sentir indignación, vergüenza e incluso ira ante un hecho inmoral, inaceptable o injusto.

Para Hume, aquello que se encarga de realizar una distinción moral es un sentido interno que, al igual que la causalidad que tiene en consideración una relación de semejanza y/o contigüidad, es la encargada de establecer una ‘conexión interna’ entre los elementos que son merecedores de nuestro juicio aprobatorio o desaprobatorio. Camps (2011) nos explica este punto de manera más detallada y recuerda que “de la misma manera que el fuego y la quemadura son vinculadas por la regla de la causalidad, el asesinato y la reprobación moral (...) necesitan un vínculo que expliquen nuestro juicio” (p. 95). Este sentido interno o sentimiento que hace que sintamos dolor o alegría por el otro (bien sea cercano o lejano) se llama simpatía.

Aunque la capacidad de discernir es propia de la persona, elegir mal también lo es y puede que la cercanía hacia las personas juzgadas por sus acciones nos lleve a tomar decisiones erradas. Lo anterior es lúcidamente expresado por Epicuro (2012) quien, –al igual que Hume–, reconoce que la facultad de elegir o tomar decisiones hace parte de la naturaleza del ser humano y, por ende, “lo que depende de nosotros está libre de imposiciones de todo amo, por lo cual es natural que a lo que depende de nosotros le acompañe como un doble el reproche y la alabanza (p. 91). Como ejemplo de lo anterior; puede que yo sienta simpatía por un preso al cual se le acusa de un delito grave, pero es posible que *elija* mal y opte por

compadecerme y otorgarle el beneficio de la duda, al no tener plena seguridad de sus actos. Adicionalmente, es probable que con el paso del tiempo yo descubra que el preso por el cual sentí compasión era culpable y cometió el crimen del cual lo defendí alguna vez, por ende, además del error cometido por el preso, también yo estaría errada en los juicios que emití respecto a la acción cometida.

En consecuencia con lo anterior, podría decirse que actué de manera *incontinente*⁷, como diría Aristóteles (1998) en la *Ética Nicomáquea*, esto quiere decir que actué de manera precipitada y construí mi juicio a partir de la mera emocionalidad, dejando de lado la razón orientadora y equilibrada. A pesar de que el ejemplo anterior podría llevarnos a creer que el papel de la razón a la hora de realizar juicios morales es fundamental, es necesario recordar que para Hume la razón es auxiliar, en especial en la moral, pues no cuenta con la fuerza suficiente para motivar a la acción. A pesar de ser completamente distintas y pese a la posible subordinación de una sobre otra, es necesario conciliar el papel de la razón en esta investigación y reconocer que es un elemento orientador y reflexivo, pero son las emociones y pasiones las que nos incentivan a la acción.

Antes de continuar es importante distinguir dos términos a usar en este escrito: la *causa* y *objeto* de las pasiones. Hume (1977) indica que la *causa* es la idea que excita a las pasiones y el *objeto* es “aquello a que dirigen su atención una vez excitadas” (p. 448). Recordemos que, en primer lugar, son las pasiones las que motivan el actuar humano, no la razón; en segundo lugar, la moralidad construye juicios (que son

⁷ De acuerdo con Aristóteles, entiéndase “incontinente” al hombre que actúa en dirección a los placeres y contrario a la razón. El hombre incontinente obra de manera injusta pues ignora la recta razón. “La continencia y la resistencia se tienen por buenas y laudables, mientras que la incontinencia y la blandura por malas y censurables; también se admite que una misma persona pueda sea a la vez continente y dispuesta a atenerse a su razón, o, por el contrario, incontinente y dispuesta a apartarse de ella” (Aristóteles, 1998, p. 290)

efectos de las acciones) del acto o hecho realizado por X o Y *objeto* debido a determinada *causa*; se juzga la acción mas no se juzga al sujeto.

La moralidad es intrínseca al ser humano y la simpatía es ese ‘sentido interno’ enunciado hace unas líneas, sentimiento que nos conlleva a aprobar o desaprobar de la acción; pero la razón nos ayuda a descubrir el vicio o la virtud del acto. Repudiamos una acción porque contamos con un sentimiento o sensación de censura al contemplar cierta acción. Al respecto expresa Hume (1977) que nada hay más real que nuestros sentimientos de placer o malestar, “y sí éstos son favorables a la virtud y desfavorables al vicio, no cabe exigir más a la hora de regular nuestra conducta y comportamiento” (p. 689).

Para Hume la moral procede del sentimiento y es más sentida que juzgada. En lo que se refiere al juicio moral, este está compuesto de sentimiento y razón, en la medida en que debe poder ser *imparcial* pese a la cercanía del sujeto el cual comete la acción juzgada. Conforme a Camps, el juicio moral puede alcanzar la imparcialidad sin prescindir del afecto, empero, yo considero que no es tan sencillo como suena. Los afectos y sentimientos son inherentes al hombre al igual que la razón, por tanto, eliminar o ignorar alguno de ellos sería como desmembrar al ser humano y pensarlo ya no como unidad sino como ser fragmentado.

Luego de esta breve introducción sobre el sentimiento moral en Hume (1977) es menester recordar que para el filósofo la razón no está en capacidad de alcanzar un juicio sobre el bien o el mal, considerando que no es práctica sino meramente teórica:

Puesto que la moral tiene una influencia sobre las acciones y afecciones, se sigue que no puede derivarse de la razón, y esto porque la razón por sí sola, como ya hemos probado, no puede tener esta influencia. La moral excita las pasiones y produce o evita acciones. La razón por sí misma es completamente impotente en este respecto. Las reglas de la moralidad, por consiguiente, no son conclusiones de nuestra razón (p. 618).

Hume tiene en cuenta que el análisis racional es limitado y únicamente puede referirse a los hechos y las relaciones entre ideas. La moral no se reduce a los hechos, pues no se puede determinar como un hecho el vicio o la virtud. Por tanto, los juicios morales no pueden tener su soporte en la razón, sino en el sentimiento (pasión).

El ser humano es movido por las *pasiones*, los deseos, sentimientos, etc., que motivan a la acción, a la cual se puede llegar únicamente mediante la experiencia. Un hombre netamente racional no sería moral ni inmoral, pues carecería totalmente de incentivos para la acción. No olvidemos que para Hume “la moral no deriva de la razón” (Camps, 2011, p. 91) sino que la función de la razón dentro de la moral es guiar, ya que es el *sentimiento* el que determina y decide la acción.

En general, la moral en sí misma puede verse como un sistema de consensos que se ha construido a lo largo de la historia por los hombres y ha sido pensando en pro del bienestar particular y comunitario. Rechazamos o aprobamos las acciones del otro para con un individuo o una comunidad según ciertas actitudes que hemos catalogado moralmente ‘correctas’ o ‘incorrectas’. La moral está presente en todos los individuos, de modo que evidentemente está presente en todas las acciones realizadas por las personas.

Nos sentimos tristes al ver que alguien actúa generándole mal a otro y nos *enorgullecemos* cuando alguien ayuda o se compadece con quien lo necesita.

Hasta el momento hay algo claro y es que el juicio moral se fundamenta en el sentimiento y no procede de la razón. Valdría la pena preguntarnos ¿de dónde surgen los juicios morales? ¿A partir de qué parámetros o lineamientos indico que determinada acción está bien o mal? Para Hume los juicios morales surgen a partir del *sentimiento moral*. Se conoce como sentimiento moral a una emoción interior que muestra aprobación o desaprobación ante determinada acción. El razonamiento surge una vez se ha realizado el juicio moral.

En este punto se hace necesario cuestionarnos sobre los límites morales al momento de alabar o censurar determinadas acciones. A nivel social es moralmente incorrecto matar, pero ¿qué pasa cuando el asesino es a la vez el victimario? ¿cómo juzgar a una mujer que asesina a su agresor por miedo a ser ella la asesinada? En el campo del derecho penal la víctima podría apelar a que actuó en defensa propia pues su integridad estaba en grave peligro. Son las pasiones las que motivan a la mujer a defenderse y, en medio de su vulnerabilidad, actúa en pro de su bienestar. Aunque la razón es orientadora proyecta las posibles consecuencias de las acciones, en momentos como el expuesto es el miedo y la angustia -ambas pasiones- las que motivan a la mujer a actuar. Si se conociera del hecho únicamente que fue un homicidio diríamos que está mal, no obstante, y sin justificar la acción, puede llegar a considerarse como comprensible la respuesta violenta por parte de la mujer. Una vez la mujer comunica sus sentimientos, es decir, motivaciones, conocemos todas las aristas del caso y simpatizamos con la víctima/victimaria.

El fundamento de todo juicio moral es el sentimiento moral: una emoción interior que me hace sentir agrado o desagrado ante determinadas acciones. El sentimiento moral es universal y semejante a un impulso que nos permite sentir como propios los triunfos y desdichas ajenas. Aun cuando podría tomarse el sentimiento moral como “algo enteramente subjetivo de cada persona, con independencia de lo que los demás experimentan en su intimidad” (Hume, 1968, p.15), Hume afirma que en la moralidad hay sentimientos comunes a todos los seres humanos.

El *sentimiento moral* funciona de la mano de dos principios elementales para Hume, estos son: utilidad y simpatía. En el siguiente capítulo ahondaremos en la utilidad y, de manera específica, en la utilidad social, pero por ahora podemos decir lo siguiente: se reconoce como útil a la expectativa de beneficio o placer que me indica que habrá consecuencias positivas o buenas al realizar determinada acción moral. Lo anterior es expresado por Hume (1968) en la *Investigación*, donde se especifica el papel del sentimiento moral. Allí reconcilia el papel de la razón en la moral y reconoce que al suponer que la base de la moral se encuentra en la utilidad de las cualidades o acciones, “es evidente que la razón debe tener una participación notable en todas las decisiones de esta clase” (p. 165), ya que es la razón la que puede ilustrarnos sobre las posibles consecuencias provechosas o adversas para la sociedad; la razón es el juez que justifica la acción moral.

Si el sentimiento moral contase únicamente con el carácter útil sería inevitable caer en el egoísmo y priorizar las necesidades del más cercano y no del más vulnerable. Es por ello que el sentimiento moral también necesita de un principio que regule la utilidad y contribuya a la construcción de un sentimiento más objetivo e imparcial. Así pues, la simpatía se lleva el protagonismo. La simpatía en Hume es imparcial,

pues es esa fuerza o inclinación que nos permite ser partícipes de los sentimientos ajenos sin discriminar la cercanía o lejanía del sujeto.

Termino este segmento recordando que, al ser partícipes de los sentimientos del otro (los otros), estamos reconociendo un hecho irrefutable y es que somos animales que al vivir en sociedad actúan en pro de un bienestar común y social. Al respecto González (2013) afirma que para Hume en "todo deseo humano hay una referencia implícita a la sociedad" (p. 208)

¿De dónde salen, entonces, los juicios morales si no es tarea exclusiva de la razón? El juicio moral surge una vez la utilidad y la simpatía se conjugan. La utilidad de la acción es medida por la razón en el momento en que analiza el provecho o consecuencia del acto; con todo, la razón sólo mide los efectos lógicos, pero son las pasiones (sentimientos) los que motivan a la acción. Dejar el juicio moral únicamente en manos de la utilidad no sería provechoso para la sociedad y daría pie a la desigualdad y preferencia. Es por ello que la simpatía se hace necesaria pues es la encargada de juzgar la acción bajo un criterio imparcial y objetivo, mas no subjetivo; una vez realizada esta conjugación el sentimiento moral aparece y las leyes morales universales también lo hacen.

v. La simpatía moral como principio en la filosofía moral de Hume

Hume reconoce en la *simpatía* un sentimiento desinteresado que facilita la comprensión del otro y permite dejar de lado el interés propio. A pesar de que el ser humano siempre percibe el daño que sufre cuando es una víctima directa de algún tipo de injusticia, es gracias a la simpatía que la persona logra ponerse en el lugar del otro y mostrarse más comprensivo en relación al dolor y sufrimiento que padece

otra persona ante una situación injusta pues “aquello que hace que aprobemos o desaprobemos el placer o el dolor de extraños y nos interese el bien de la sociedad a pesar de que no nos beneficia directamente es el principio de simpatía” (López, 2015, p.44).

La simpatía opera como un mecanismo que me permite imaginar y sentir la felicidad o sufrimiento de los demás, generando en mí una sensación de desagrado, bienestar, displacer o satisfacción. Por medio de la simpatía se participa del malestar del otro y se empieza a generar un interés público frente a la aprobación moral de la justicia. Podría decirse que el escocés piensa la simpatía como el sentimiento que logra hacer visible el bien común. En este aspecto es menester aclarar que, según Calvo (1994):

La simpatía no es una pasión o una emoción, de la misma manera que la creencia no es una impresión o una idea. Simpatía en el ámbito moral y creencia en el ámbito del entendimiento se refieren a la forma peculiarmente vivaz como se experimentan ciertas pasiones e impresiones (p.20).

La fuerza con que la simpatía es percibida es igual a la de las pasiones. Para Hume la simpatía es principio y raíz de las pasiones. Se puede ser bondadoso o egoísta, pero el ser humano es propenso a cooperar y sentir ‘simpatía’ por familiares o personas cercanas y está dispuesto a entregar una “generosidad limitada” que marca la preferencia por los conocidos sobre los extraños. Esta generosidad es construida a partir de la semejanza o contigüidad. A diferencia de Hobbes, Hume es un convencido de que los hombres no son movidos únicamente por intereses egoístas e individualistas, sino que se mueven en función del bienestar común, identificando cierto altruismo en su filosofía.

La simpatía se distingue de las otras pasiones ya que lleva consigo el carácter de *principio*. Es la semejanza o “similitud en la capacidad de sentir los unos hacia los otros” (Calvo, 1997, p. 58) lo que establece un puente con el juicio moral imparcial. La simpatía obedece a dos factores: contigüidad y/o semejanza. Simpatizamos con el otro debido a la semejanza que tiene con nosotros. De acuerdo con Hume, las victorias de un extraño “con quien no tenemos amistad nos agrada sólo por simpatía. Es, pues, a este principio al que se debe la belleza que encontramos en toda cosa útil.” (III, I, p. 822).

Lo bello no es bello únicamente por el criterio estético que se le asigna, sino por la utilidad que aporta al sujeto o sociedad. Por ejemplo, las leyes son bellas porque configuran un sistema que contribuye a la justicia; de este modo, la belleza de las leyes se mide en función de su utilidad para el desarrollo de la comunidad. Adicionalmente, señala Mercado (2004) que en el paso del *Tratado* a la *Investigación* se conserva la relación placer – dolor, la cual hace referencia a la diferenciación entre el bien y el mal. No solo resalta el criterio estético contemplado en la moral, sino que “el placer manifiesta el bien y el dolor indica la presencia del mal” (p. 22).

Para Hume, el ser humano comparte un sentimiento común ante a la felicidad o sufrimiento del otro; este sentimiento se conoce como simpatía o, como indicamos más arriba, sentimiento moral. Anteriormente se ha denotado que la simpatía moral es una preocupación imparcial de todas las personas. Hume distingue las pasiones ‘violentas’ de las ‘serenas’ e identifica que hay sentimientos estéticos y morales, los cuales son motivados por pasiones como el orgullo, ambición, deseo o venganza. Todas estas pasiones operan en función de la simpatía, así lo expresa Hume (1977):

El alma o principio vivificante de todas las pasiones es la simpatía; cualquier otra pasión por la que podamos ser movidos, sea el orgullo, la ambición, la avaricia, la curiosidad, el deseo de venganza o el de placer, está animada por la simpatía y no tendrá fuerza alguna si hiciéramos entera abstracción de los pensamientos y sentimientos de otras personas (II, IV, p. 553).

En medio de esta subdivisión jerárquica de las percepciones, Hume (1977) señala que la simpatía es un principio y en función del mismo actúan las pasiones. *La simpatía es el alma de todas las pasiones*, de modo que cualquier pasión como orgullo, ambición, placer, venganza, etc., está motivada por la simpatía. De esta manera, podría hablarse de la simpatía a partir de dos definiciones. Primero: si la imaginación es la encargada de convertir una impresión en idea; la función de la simpatía consiste en la “conversión de una idea en impresión por medio de la fuerza de la imaginación” (II, p. 632). Segundo: Zuluaga (2006), parafraseando a Hume, recuerda que “tenemos una tendencia a comunicarnos con el resto de personas, inclinaciones y sentimientos, por diferentes y contrarios que sean a los nuestros” (p.38).

Siguiendo a Infante del Rosal (2013), es la simpatía la que transforma la idea de “nuevo en impresión haciendo que actualicemos las afecciones de los demás” (p. 194). De forma que la anterior cita alude al proceso realizado por la simpatía en el momento en que, por ejemplo, la idea que tengo de dolor o sufrimiento como víctima del conflicto armado se convierte en una impresión una vez que la imaginación me permite ponerme en el lugar de la víctima al imaginar que su sentimiento de dolor es semejante o análogo a alguno que haya vivido en carne propia ante una situación de injusticia.

Aunque en líneas anteriores hemos afirmado que la simpatía nos permite imaginar el sufrimiento del otro, es importante reconocer que, a su vez, podemos *imaginar* el sufrimiento o felicidad del otro sin necesidad de sentir simpatía, sólo reconociendo la significación general que supone el sonido del llanto o carcajada producido por un sujeto. Puede que yo no simpatice con una persona, por tanto, no me interesa conversar con la persona sobre sus alegrías o desdichas, pero al momento de escuchar el llanto o sollozo puedo inferir que la persona está sufriendo. Lo anterior es bellamente sintetizado por Hume (1977), quien indica que la vivacidad de la simpatía es tan fuerte que puedo participar y sentir “en mi pecho un movimiento de simpatía acorde con lo que imagino que esa persona experimenta” (p. 525)

La simpatía -mediante la imaginación- recibe los sentimientos de los demás, generando así una idea de ellos para poder convertirlos en una impresión. A pesar de que nunca haya sido víctima del conflicto armado, la simpatía me permite ponerme en el lugar de la víctima, sentir afinidad o dolor ante su sufrimiento y, por ende, imaginar su dolencia; llorar con el otro y reprochar las causales de su tormento. Infante del Rosal es concreto con la acepción de la simpatía, al respecto indica que “es un principio que nos insta a comunicar con los demás inclinaciones y sentimientos” (2013, p. 190). Es gracias a la simpatía y mediante la comunicabilidad de los sentimientos, que somos capaces de ser partícipe del dolor de los demás.

Así las cosas, entiéndase como simpatía al principio o capacidad de comunicar pasiones. La simpatía posibilita al ser humano sentir aquello que experimentan los otros e identificarse (reconocerse) con sus pasiones. Conjuntamente, la simpatía es un principio que desarrolla una tendencia comunicativa

ya que, en el momento en que converso con alguien, pese a que esa persona sea totalmente distinta a mí o mis intereses, podemos conocernos mediante el diálogo, entendernos, discutir y compartir gozos o desdichas. Estas últimas definiciones de la simpatía demarcan la importancia que tiene la misma en la sociabilidad humana y en la apuesta moral humeana, tema a abordar en el segundo capítulo de esta investigación.

En correspondencia con lo anterior podríamos dar respuesta a la pregunta: ¿cómo surge la simpatía? La respuesta a esta pregunta se anticipó al inicio del capítulo ya que sabemos que la simpatía surge a partir de una asociación doble entre ideas e impresiones. La primera asociación es producto del estado afectivo de uno mismo y el objeto que suscita en nosotros felicidad o tristeza. Es gracias a la transmisión de estas pasiones que el objeto de simpatía logra que los otros logren ser partícipes de sus afecciones, sentimientos, independientemente de que estos sean positivos o negativos.

La simpatía suprime los sentimientos de deleite ante el dolor o desgracia ajenos. El grado de simpatía o el hecho de simpatizar depende, en cierta manera, de la cercanía o lazos que se tienen o *generan* con el objeto que suscita el principio simpático. Sin embargo, las respuestas “simpáticas” corresponden al grado de nuestra volición. Si bien la simpatía es connatural, hay actitudes que dependen de nosotros. Lo anterior es lúcidamente expuesto por Skutch (2000), quien indica que podemos, si así lo queremos, “habituarnos a ver con dura indiferencia los sufrimientos de otros, o podemos hacer nuestra simpatía más amplia y sensible” (p. 101).

Tristemente Hume nunca clarifica qué entiende por naturaleza humana, pero si nos referimos a la consideración general podríamos decir que es natural la manera habitual de obrar de una persona, lo cual se convierte en costumbre. Por ejemplo, escuchar y brindar pan al hambriento a diario tiene de fondo una carga volitiva alta, pues la acción podría variar o podría convertirse en parte esencial de nuestra naturaleza (costumbre). De igual modo, el ignorar los sufrimientos de los otros y priorizar las necesidades personales también es fruto de nuestra costumbre.

Por otro lado, ¿qué ocurre cuando una persona se contempla a sí misma? En este caso, Hume afirma que el sujeto no desarrollaría propiamente simpatía sino orgullo o satisfacción propia. *La simpatía se genera por y con el otro*, jamás por sí mismo. Aun siendo animales sociales que tienden a la cooperación, es claro que la simpatía es capaz de generar aprecio o envidia por el otro; así como la simpatía puede generar o construir un vínculo social, también lo puede derrumbar. Finalmente, Hume sostiene que los seres humanos tienden naturalmente a actuar en función de la cooperatividad y la justicia (contrario a Hobbes), pero esto no podría ser posible sin la simpatía.

En relación con la moral o el sentimiento moral, Camps (2011) recuerda que la simpatía “es una sensibilidad, pues hace que nos sintamos atraídos hacia lo que está bien y repulsión hacia lo que está mal” (p. 17). Es gracias a los lazos emocionales y a la sensibilidad moral de la persona que sus acciones reaccionan afectivamente ante la inmoralidad. Sentimientos como indignación, ira o vergüenza son producidos ante un hecho inmoral, los cuales nos llevan a juzgar el acontecimiento como inadmisible o injusto.

Seguendo a Camps (2011), este sentimiento es innato en los humanos y es por el que “tendemos a sufrir con el que sufre y a alegrarnos con el que está alegre” (p. 98). El sentimiento que nos permite sentirnos de esta manera es a lo que Hume llama “sentimiento moral”. Este sentimiento es inherente al hombre, pues si no contáramos con el mismo, no sería posible hablar de moralidad y sociabilidad, pues careceríamos de *sensibilidad moral* ante las acciones del otro (bien sea próximo o remoto). A pesar de que Hume considera que la sensibilidad moral es universal, existen quienes carecen de afecciones morales y a estos se les denomina *apáticos*. En consonancia con Camps (2011), llamamos *apático* a quien carece de afecciones morales “en el sentido de entusiasmarse por lo que merece la pena. Vive en la indiferencia porque no ha hecho suya, no ha incorporado a su manera de ser, la diferencia que existe entre el bien y el mal” (p. 17).

Lo anterior podría leerse en clave egoísta pues quien no se apropia de la indignación causada por un acto injusto o quien no se alegra por la victoria de otro es, generalmente, una persona individualista en la medida en que sólo le interesan sus propios infortunios y triunfos. No obstante, Hume anula el imaginario egoísta y ve en la simpatía un principio natural e inherente al ser humano, de manera que podía interpretarse a los apáticos como personas con un grado de simpatía inferior o mínimo, mas no nulo.

Camps (2011) parafrasea al Adam Smith de la *Teoría de los sentimientos morales*, texto en el que el filósofo afirma que “aprobamos aquello que nos satisface. La raíz de la moral es la simpatía o la empatía con los sentimientos ajenos” (p. 17). Aunque el planteamiento anterior tiene su origen en Smith, no difiere mucho de lo planteado por Hume. Si bien Hume afirma que el sentimiento moral es aquel que nos permite ubicarnos en el lugar del otro y su sentir, además, este sentimiento se genera en el momento en que se

unen la utilidad y la simpatía. Sin simpatía no sería posible el desarrollo del sentimiento moral, pues la utilidad haría de las suyas y habilitaría el egoísmo que nos impide reconocernos en la diferencia, conversar con el extraño y entender sus sentimientos.

Es importante volver a la cita anterior, pues el “aprobar” aquello que nos satisface nos lleva a inferir de manera inmediata que desaprobamos aquello que nos genera insatisfacción, aversión o dolor. Así las cosas, es gracias al sentimiento moral y al trabajo en equipo realizado por la pasión, la utilidad (razón) y la simpatía, que determinamos qué debemos aprobar o desaprobar. Lo que se aprueba o desaprueba no es la acción en sí misma sino los motivos (causas) que la llevaron a su realización. “Las causas son aquello que excita la emoción, el objeto aquello a que la mente dirige su mirada cuando la emoción es excitada” (Hume, 1990, p. 661) Las impresiones semejantes están relacionadas, de este modo, cuando la persona se ve exaltada por la alegría, otras pasiones agradables afloran con ella como lo son el amor, orgullo y otras afecciones similares.

En medio de la constante tensión entre la aprobación y desaprobación de las acciones nos encontramos con aquellas que nos producen placer o dolor. Al respecto nos señala Cabezas (2008) que “si la contemplación de la acción nos produce placer, la llamaremos virtuosa, y si nos produce dolor, viciosa” (p. 55) Aprobamos lo que nos satisface, por eso sentimos simpatía cuando un amigo o desconocido encuentra un empleo digno o una pareja que lo ame y vemos a la acción motivo de estos sentimientos como virtuosa. En cambio, la desaprobación aparece cuando una persona le hace daño a otra, cuando vemos muertes de líderes sociales o casos de prevaricato y corrupción.

La desaprobación y reproche de estas acciones viciosas es la perfecta representación de aquello que no nos produce satisfacción sino aversión, dolor, ira; estas pasiones representan todo aquello que se encuentra en el marco de lo inmoral. Como se ha reconocido desde el inicio de esta investigación, para Hume la razón no es capaz de motivar la acción, pero no por ello la considera inútil. Empero, la construcción del juicio moral necesita de pasiones y razón. La moral emana de las impresiones secundarias (pasiones), pero también requiere de reflexiones de tipo racional; así lo expresa Hume (1977) al decir que “las pasiones son cadenas de razonamientos” (Advertencia del libro I, II).

vi. Sobre la razón y el juicio moral

La cita con que termina el anterior apartado es clave, pues recordemos que las pasiones son una cadena de razonamientos. Los argumentos de Hume respecto a la razón son variados y contradictorios a lo largo de sus escritos, pero aquí se busca conciliar con la misma. Si bien, de manera inicial su percepción sobre la razón es peyorativa y accesoria, la moral necesita de la pasión y la razón. Mientras que es la pasión la que moviliza la acción, es la razón la que justifica el hecho. Las pasiones vienen primero -la jerarquía se conserva- pero el razonamiento viene después. La pasión es *causa* y *objeto*. En esta misma línea, Cano (2011) ejemplifica la distinción entre causa y objeto, donde afirma que “todo objeto que suscita orgullo provoca por sí mismo placer; y todo objeto que provoca displacer es causa de desagrado” (p. 113). Lo mismo ocurre con la virtud y el vicio, el primero genera goce y el segundo disgusto.

Existen sentimientos que motivan a la acción y no podría hablarse de la moral en el pleno sentido racional. Aun cuando es importante la intervención de la razón cada vez que nos enfrentamos a la toma

de decisiones, aprobación o rechazo de acciones; para Hume la razón es guía y auxiliar, más no protagonista. Es mediante la experiencia y gracias a los sentimientos que el hombre se ve motivado a actuar de determinada manera. En resumidas cuentas, la moral es práctica y requiere para su funcionamiento actos, es decir, hechos.

Aun cuando son las pasiones el fundamento de la moral, para el Hume de la *Disertación* (2012) es expreso el sentido de la razón, pues tiene la capacidad de indicar al ser humano cuáles pasiones son más convenientes para ciertos fines. Como se había anunciado líneas arriba, Hume (1990) llama razón a “una pasión apacible, la cual adopta una visión distante y comprehensiva de su objeto, e impulsa a la voluntad sin provocar ninguna emoción perceptible” (p.677). Con todo, el actuar moralmente jamás será actuar racionalmente, pues la moral está cimentada en pasiones. El papel de la razón es el de auxiliar a la pasión, por tanto, pasa de ser una esclava de las pasiones a convertirse en un elemento determinante para la moral. En otras palabras, la razón nos muestra “los fines deseables de nuestra conducta y los medios para obtenerlos” (Cano, 2011, p. 107).

En resumen, los elementos que determinan la aprobación o desaprobación moral son: pasión, razón y simpatía. En un primer lugar, la pasión motiva a la acción; en segundo lugar, la razón dirige, establece acuerdos morales, analiza la utilidad y ofrece un panorama respecto la posibilidad de la acción; en tercer lugar, la simpatía, que es parte del sentimiento moral, funciona como fuerza fundamental a la hora de aprobar o rechazar cierta acción moral. Una vez percibidas las pasiones que suscitan orgullo, felicidad, tristeza, odio, etc., luego de ser partícipes de estas pasiones gracias a la simpatía, la razón interviene y nos advierte acerca de las posibles consecuencias o beneficios que puede acarrear la acción.

No hay que olvidar que la razón está al servicio de las pasiones, pero también de la utilidad, pues construye un espectro de probabilidad donde nos indica qué tan bueno o malo será el tomar X decisión. Los razonamientos clarifican la utilidad de las acciones, es por ello que pensamos antes de actuar y medimos las consecuencias-conveniencia que puede derivar la acción (en esto último profundizaremos más adelante).

Cierro este primer capítulo conciliando el papel de la razón en la toma de decisiones morales para Hume, con la intención de reconciliar el lugar de la razón en nuestra anatomía. Este capítulo ha logrado su cometido al indagar y explorar las pasiones, el sentimiento moral, la simpatía y otros tantos elementos que abonan el terreno para lo que se viene. Empero, el culmen de esta investigación reposa en el siguiente apartado el cual se dedica a la sociabilidad humana y la importancia de sentimientos como la benevolencia⁸ y simpatía para desarrollo de la misma.

⁸ En líneas iniciales he manifestado que Hume se torna laxo con la rigurosidad y fidelidad de los significados de las categorías que describe. Muestra de ello es la cercanía y poca diferenciación entre los términos ‘benevolencia’ y ‘simpatía’, así lo expone Mercado (2014) “Será demasiado laborioso y poco útil intentar una distinción entre la benevolencia y la simpatía en las obras de Hume” (p. 27).

II. La simpatía como fundamento de la sociabilidad humana

*La soledad completa es posiblemente el mayor castigo que podamos sufrir.
Todo placer languidece cuando no se disfruta en compañía,
y todo dolor se hace más cruel e insoportable*

David Hume

i. Sobre la sociabilidad humana

Este apartado condensa la parte más aristotélica de Hume, al menos, en lo que a la sociabilidad humana se refiere. Si nos remitimos a los textos del Estagirita nos encontraremos con una gran diferenciación entre vicios y virtudes. Aun cuando no pretendo escribir sobre Aristóteles (1988) es necesario recurrir a él y recordar dos elementos esenciales en relación con la naturaleza del hombre y la importancia de las virtudes en el mismo. El primer elemento tiene que ver con lo que es ser *hombre*, pues se expresa que “es por naturaleza un animal social” (Libro I, p. 50). El hombre, a diferencia de otros animales, es un ser social por naturaleza dado que es el único animal que vive en sociedad, por tanto, participa activamente de las decisiones que se refieren al bien común dentro de la polis.

El hombre en calidad de padre, hijo, jefe de familia o ciudadano, convive necesariamente en sociedad y, por tanto, comparte con otras personas reglas, leyes morales, culturas y espacios determinados. Solo los animales poco sociales como las bestias o los dioses pueden vivir en soledad absoluta y propenderse su propio bienestar. Sin embargo, el hombre es un politikón zóion (animal político) que, al

pertenecer a la polis (sociedad o comunidad política), está en toda responsabilidad y potestad de contribuir a las decisiones que afecten o beneficien directamente a su comunidad.

Siguiendo con lo anterior, Aristóteles (1988) establece una segunda diferencia entre el hombre y el resto de animales y es la facultad de hacer uso de la *palabra*. El hombre es el único animal capaz de expresar y *comunicar* su dolor o placer a otros. Es por medio de la palabra que la moral se hace manifiesta, pues nos permite expresar afinidad o rechazo ante lo que consideramos justo o injusto. Lo anterior es escrito sabiamente en la *Política*, donde reconoce que la capacidad de discernir y poder impartir algún tipo de opinión moral “es lo propio del hombre frente a los demás animales: poseer, él sólo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y de los demás valores, y la participación comunitaria de estas cosas constituye la casa y la ciudad” (Libro I, p. 51).

El segundo elemento aristotélico a rescatar en este escrito tiene que ver con el valor y preponderancia asignada a los hombres virtuosos. Los antiguos distinguen al hombre virtuoso del hombre vicioso. El hombre virtuoso se caracteriza por contar con hábitos beneficiosos tanto para el sujeto como individuo como para la sociedad, entre estos hábitos y virtudes se encuentran: ser justo, prudente, sincero, actuar de manera correcta apoyándose en el uso de la razón, etc. En contrapartida, el hombre vicioso actúa de manera poco racional y los vicios o desmanes perjudican su cuerpo, alma, convivencia en sociedad, etc. En concordancia con lo anterior, el prototipo de hombre ‘adecuado’ para la sociedad, a los ojos de Aristóteles, es un hombre virtuoso cuyos hábitos y acciones sean pensadas como positivas en la medida en que puedan aportar a la sociedad y contribuir al bien común por el que se esfuerzan en construir las personas que hacen parte de una comunidad.

Así las cosas, una sociedad está constituida por un conjunto de hombres (animales políticos) que se relacionan entre sí para establecer un sistema de leyes o mandatos en función de su bienestar. No obstante, puede que dentro de esta pequeña o grande sociedad existan hombres virtuosos o viciosos, lo cual crea un espectro diferencial notorio que, tal como se intuía, será reducido en la medida en que la socialización se vea permeada por un sentimiento de benevolencia o, propiamente, de simpatía.

Es por ello que en un mundo ideal y para que el espectro de la simpatía lograra una ampliación mayor, sería necesaria una sociedad de hombres con sentimientos nobles, justos y compasivos para poder funcionar. Sin embargo, es evidente que las sociedades no son perfectas y es por ello que el uso de la palabra y la comunicabilidad de sentimientos se hace necesaria en el sistema de Hume; pues si no hubiese diferencias con el otro sería obtuso hablar del tema de la ampliación del círculo social.

La influencia de Aristóteles es perceptible en el campo moral y en el tipo de hombre que Hume imagina apropiado para la sociedad. El filósofo escocés indica que la buena voluntad de la humanidad surge de hombres amables, cariñosos, justos, compasivos, etc., en últimas, de hombres virtuosos. Bien que las virtudes anteriormente nombradas parecieran ser las más importantes, sin embargo, existen los vicios, el egoísmo, la avaricia, la injusticia, el mal. En la *Investigación* Hume dedica la Sección II a la benevolencia e indica que en esta existe un carácter de utilidad a la sociedad.

Volvamos sobre el asunto de la sociabilidad. Como acabamos de leer, desde al menos Aristóteles, la filosofía ha ido tejiendo distintos entramados alrededor de la sociabilidad. El Estagirita considera que la sociabilidad es un instinto natural del hombre, es decir, que nacemos con ella. Hobbes, contrario a Aristóteles, indica que los hombres no son naturalmente sociables sino, más bien, seres aislados y egoístas

por naturaleza y decidimos acceder a una sociedad por conveniencia y supervivencia. Hume, por su parte, es un fiel creyente de que el hombre tiende a la cooperación y, a su vez, esta predisposición va de la mano con una especie de benevolencia o simpatía por el otro. Si el hombre tiende a la cooperación y mediante la simpatía es capaz de ponerse en el lugar del otro, es expreso que el hombre no se piensa como un ser independiente o individualista sino como un animal social. Considerando lo anterior, es perceptible que en el escocés hay un interés especial en el tema de la sociabilidad.

A lo largo del *Tratado* (1977), la *Investigación* (1968) y la *Disertación* (2012), Hume resalta la sociabilidad como cualidad propia del ser humano y el carácter social del hecho moral. El autor reconoce que la moral *no* es individual, pues me afecta a mí al igual que a mis familiares, vecinos y conciudadanos. Lo anterior es explícitamente expuesto por Cabezas (2008) pues la “la moral es algo social en la medida en que son todos los individuos de la sociedad los que siguen el precepto moral” (p, 51). La moral influye en las acciones de todos los hombres y esto es un hecho para nuestro filósofo. Actuamos de cierta manera porque está ‘bien’ o ‘mal’ hacerlo, pero la moral nos frena o impulsa a actuar en determinada situación según las apreciaciones que hemos construido en sociedad sobre lo que es correcto o incorrecto.

Hoy día reflexionar sobre la sociabilidad no debería limitarse a pensar en seres racionales, pues es de conocimiento general que las larvas, hormigas, mamíferos y algunos tipos de aves socializan entre sí con el fin de proveer bienestar a sus comunidades (colonias). Skutch (2000) resalta que, en el caso de las aves, el limpiar mutuamente el pelaje, compartir el alimento o dormir en contacto, “es un vínculo que mantiene unidas a las aves más sociales” (p. 96) Actitudes adoptadas por las aves no distan mucho de las

adoptadas por los humanos y su manera de socializar, pues también compartimos el alimento, dormimos juntos y actuamos en pro de nuestras comunidades.

Cuando hablamos de sociabilidad nos referimos a la cualidad natural de vivir en sociedad. La moral nos conlleva a realizar juicios aprobatorios y desaprobatorios ante determinadas situaciones o escenarios sociales. Todo hombre vive en sociedad y esta se compone de sujetos con juicios morales que han pasado por un análisis racional que les permite discernir sobre las acciones que benefician o perjudican a la sociedad. Hume, en palabras de Skutch (2000), reconoce que las acciones de un sujeto o animal social repercuten en “sus asociados, los afecta, y esta alteración, grande o pequeña, se refleja en sus relaciones con él” (p. 87). Las acciones y sus consecuencias no pueden pensarse como independientes del ámbito social pues directa o indirectamente afectan a la sociedad, así sea a unos pocos.

Por lo tanto, el hombre debería actuar pensando en el bien común y no el particular o en la preferencia por el más cercano. No obstante, somos animales sociales y *pasionales*, lo cual dificulta la objetividad a la hora de juzgar al ser querido o al amigo; pero la moral, al contar con leyes universales e *imparciales*, nos ayuda con esto. La condena hacia un asesino debería ser la misma sea conocido o no, sea yo quien cometa el crimen o sea mi enemigo quien lo haga. Si la moral se permitiese indulgencias y preferencias, no habría leyes morales generales ni universales aplicables a todo el mundo, ni podríamos distinguir el bien del mal. En la moral hay una ley explícita y es que se juzgan acciones, no personas.

Hasta el momento, se ha logrado entrever que la filosofía moral de Hume reconoce a los seres humanos como animales cooperativos, pero también como seres limitados en la capacidad de extender la benevolencia o simpatía a personas más allá de su círculo cercano. Para evitar que la simpatía se corrompa

o privilegie únicamente a familiares y conocidos, Hume sugiere tres posibles soluciones: Primero, corregir la simpatía o sentimientos que impidan la imparcialidad a la hora de juzgar una acción. Segundo, corregir el lenguaje que es, el último, el puente que nos permite comunicar sentimientos e inconformidades. Tercero, crear instituciones que garanticen el cumplimiento de las leyes en pro de la justicia, donde no se favorezca únicamente a familiares o personas pertenecientes a un círculo social estrecho, sino que la justicia esté al mismo nivel de posibilidades para todos.

En lo personal considero, que la segunda y tercera opción van de la mano pues si se universaliza el lenguaje jurídico o moral con el que juzgamos a los demás y este es implementado por instituciones garantes de la justicia y desarrollo de los derechos del hombre, será mucho más fácil juzgar y simpatizar con las personas. Sin embargo, la primera solución me parece inviable y compleja de llevar al campo práctico, en el cual se desenvuelve la moral. Si las pasiones (sentimientos) son inherentes al hombre y se experimentan de manera espontánea y vivaz, ¿cómo corregirlos o educarlos? El ser humano es pasión y razón, pero las pasiones no son del todo racionales, por ende, intentar educarlas o modificarlas sería casi como atentar contra su propia naturaleza.

ii. Sobre las virtudes sociales y su utilidad

Continuamos con el análisis de las ‘virtudes sociales’, categoría desarrollada en la *Investigación* de David Hume. Cuando Hume habla de virtudes sociales se refiere a virtudes humanas que, como la benevolencia, son útiles para la sociedad. Las virtudes sociales, tal y como las ve Hume, contribuyen a la “buena voluntad”, una voluntad que busca la aprobación y el bien común. De igual modo, puede hablarse

de la 'buena voluntad' o benevolencia general, sentimiento que es socialmente útil y del que considera Hume (1968) "una parte de su mérito, por lo menos, nace de su tendencia a promover los intereses de nuestra especie y otorgar felicidad a la sociedad humana" (p. 36).

Hume se distingue fácilmente de Aristóteles en la medida en que, para el primero las virtudes sociales cuentan con cierta belleza y amabilidad naturales que, contrario a la tabula rasa de Aristóteles, las virtudes aportan crecimiento a la humanidad y sociabilidad. Dentro de estas virtudes se destacan la beneficencia, humanidad, amistad, gratitud, afecto natural y espíritu público, además incluye "cualquier otra que proceda de una amable simpatía por los demás y de un generoso interés por nuestra clase y especie" (Hume, 1968, p, 31).

Un hombre con grandes virtudes sociales no solo genera orgullo en sí mismo, sino en la sociedad en que vive, la cual se ve beneficiada por sus buenas acciones. La utilidad del hombre virtuoso se ve reflejada en la vida privada del sujeto y, más importante aún, en la esfera social que lo atraviesa. Sus elogios por los buenos actos como darle de comer al hambriento y compasión son provechosos y motivo de orgullo para la sociedad, no para el sujeto en particular. Es por ello que "las virtudes sociales no se consideran nunca sin sus tendencias benéficas, ni se contemplan nunca como estériles e infructuosas" (Hume, 1968, p.36)

Acciones simples como plantar un árbol, tener hijos, ayudar al más vulnerable, enseñar las leyes a los más jóvenes, etc., son hechos que aportan de manera positiva a la sociedad. Asimismo, existen sentimientos sociales y morales como la benevolencia, compasión, justicia, los cuales ayudan a desmarcar la distancia social divisoria entre unos y otros. Estos sentimientos buscan cultivar el amor y simpatía en

pro del bien social y comunitario, además de enseñarnos que la capacidad del amor para extenderse es inmensa.

Es expreso que la moral tiene como base la simpatía la cual hemos definido como inclinación o fuerza interna, es gracias a esta que somos partícipes de los sentimientos ajenos. No solo somos un animal social, además somos seres pasionales y sensibles, capaces de sentir el sentimiento del otro. En conclusión, el sentimiento moral es una emoción interior que nos conduce a sentir agrado a desagrado ante las diferentes acciones del hombre, lo cual nos lleva a construir leyes morales y universales; esto nos lleva a deducir que sería absurdo pensar en la moral como individuo y no como colectivo.

En relación con lo anterior y teniendo en cuenta algunos esbozos del primer capítulo a propósito del sentimiento moral, vale la pena recordar que este se constituye sobre dos principios: utilidad y simpatía. Por un lado, la utilidad puede asociarse con la expectativa o proyección del placer que las acciones nos pueden producir. De hecho, manifiesta Hume que las acciones morales son buenas porque son útiles. Profundicemos un poco en la utilidad y su valor en la apuesta moral humeana.

En la *Investigación*, el filósofo escocés define “la utilidad como lo que busca el bienestar de la sociedad en general” (Téllez, 2010, p.33). Ahora bien, es importante enunciar que los seres humanos no buscan la sociedad únicamente por motivos utilitaristas, pues también lo hacen por el mero placer de sentirse acompañados. Hume sostiene que vivir en sociedad es una necesidad y, como habíamos indicado, todas las acciones realizadas por el hombre son alentadas por las pasiones. Estas acciones se definen como virtuosas o viciosas y están motivadas por el beneficio (utilidad) que pueden generar en la vida particular y social (colectivo). Esto es sintetizado por Gelvez y Rojas (2019) al recordar que “toda virtud que es útil

es valiosa justamente por su utilidad, mas es la simpatía el principio que permite generar el sentimiento de aprobación que surge del examen de la utilidad de tal o cual virtud” (p. 123).

Hume, tal como expresamos en el capítulo anterior, es consciente del valor de la razón pues nos orienta antes de tomar una decisión. La razón no sólo sirve a las pasiones, también sirve a la utilidad. La proyección o estimación de la utilidad que puede entregarnos el cometer o no determinado acto es tarea de la razón. La pasión nos impulsa a cometer la acción, no obstante, la razón nos advierte sobre los riesgos o beneficios que puede traer el hecho. Un ejemplo de ello es la importancia del deber y derecho al voto. La posibilidad de un cambio hace que la razón actúe de la mano con la imaginación y me ayude a proyectar un gobierno distinto al actual. Lo anterior, sumado a las pasiones que me llevan a elegir a un candidato que, claramente tiene propuestas que van de la mano con rasgos sociales dignos de mi simpatía, son los que me conducen a la acción, es decir: levantarme, tomar un bus e ir a votar.

En este sentido, la utilidad es elemental para el escocés, pues las acciones morales son motivadas según el carácter socialmente útil o la solución que pueden aportar a las necesidades de la comunidad. Ahora bien, recordemos que para Hume lo que es útil para la felicidad de la sociedad es estimado como bueno. Así mismo, lo que contribuye al bienestar de la sociedad es considerado como bueno en el ámbito moral; como ejemplo de ello tenemos la virtud de la benevolencia, dado que esta obra en función del bienestar de los otros. Este punto, a mi parecer, sobresale en el autor una visión de altruismo bastante marcada.

Si bien son los sentimientos (pasiones) de egoísmo, odio o rencor los que nos llevan a asignar un calificativo desagradable a determinadas acciones morales, también existen sentimientos como la

compasión, benevolencia y simpatía, los cuales tienen un efecto contrario y nos llevan a calificar como agradables algunas acciones de la moral. Nos queda pues, preguntarnos cuál es el sentimiento que nos permite hacer lo distante cercano, ubicarme en el lugar del otro y ser empático ante diversas situaciones que le producen felicidad o dolor al extraño. Este sentimiento se llama simpatía.

Es hora de dirigir la atención sobre el papel de la simpatía en el ámbito social. La simpatía es pasión y principio de la moral. La simpatía, además, convierte al distante en cercano. Este principio abarca, desde mi perspectiva, lo más humano del hombre: su sensibilidad y vulnerabilidad. Simpatizamos con el otro ante escenarios que tienen como causa y objeto pasiones que suscitan la felicidad o miseria de la humanidad, del ser social. Como complemento de la utilidad en el campo social, Hume (1977) especifica que la simpatía es el “principio al que tendremos que atribuir el sentimiento de aprobación, que surge del examen de toda virtud útil a la sociedad o a la persona poseedora de dicha virtud” (p. 874).

Es gracias a la capacidad de simpatizar que el ser humano puede sentirse igualmente incómodo cuando “contemplo amenazar a alguna otra persona, o incluso si me entero de alguna vulneración pasada de la justicia contra una persona que no es conocida” (Crisp, 2019, p. 18). La simpatía es silenciosa, pero cuenta con tal viveza que la experimentamos a diario. Simpatizamos con el desterrado o desplazado, con la persona en situación de calle, con el injustamente condenado, con el orgulloso y exitoso empresario, con el alegre, etc. La simpatía nos permite comunicar nuestras pasiones e identificarnos con los otros por más distantes que nos parezcan; tanto así que simpatizamos con el que piensa y sigue un partido diferente al mío y esto es gracias a la capacidad de socializar, *conversar* y acotar las barreras invisibles que como sociedad hemos creado.

Hay hechos morales que nos motivan a la aprobación o desaprobación de los mismos. Sin embargo, es la simpatía *el* sentimiento que nos permite sentir agrado y placer ante determinadas acciones morales. La simpatía nos hace más sensibles y extiende este sentimiento a círculos sociales que nos son ajenos y desconocidos. El ensanchamiento de la simpatía está estrechamente ligado al reconocimiento de las semejanzas compartidas y, más importante aún, al respeto hacia las diferencias existentes entre nosotros y los otros. Este es, a mi juicio, el carácter social y humano más bello e valioso con que cuenta la simpatía. En suma, producto de la fuerza o capacidad interior de sentir las acciones como buenas y malas es que aprobamos o desaprobamos las acciones morales. Decir que algo es bueno se refiere al sentimiento de aprobación que genera en nosotros aquel hecho.

Con todo, Hume reconoce cierta debilidad en el ser humano y en la simpatía, lo cual lo conduce a ser más considerado con el cercano. Con el fin de evitar perturbaciones a la imparcialidad de la moral o preferencias, el filósofo escocés contempla la posibilidad y necesidad de crear ‘virtudes artificiales’ que sirvan como solución a estos elementos subjetivos. Dentro de estas virtudes artificiales se encuentra la justicia, virtud social artificial propuesta Hume con el fin de actuar de modo equilibrado e imparcial, en función del bienestar e interés comunitario.

De aquí que sea importante aclarar, ¿qué entiende Hume como virtud social artificial? Se le denomina virtud social porque está al servicio de cualquier agente social lo cual nos regresa a la imparcialidad moral; al mismo tiempo, es artificial porque no es una virtud natural, sino que es un constructo del hombre. Afirma Crisp (2019) que la utilidad de la justicia radica en el mantenimiento de la sociedad y es ese, a su vez, el carácter que la fundamenta como virtud. Asimismo, Cabezas (2008) justifica

que la justicia cuenta con un alto sentido de humanidad y utilidad dado que está al servicio de la sociedad por lo que la mayoría serán beneficiarios de esta virtud y esta es, al mismo tiempo, aceptada desde un punto de vista moral. De este modo, se concluye que la justicia sienta sus bases en la justicia general, está pensada en función del bien común.

Finalmente, y aunque la apuesta de Hume podría verse similar a la ética de la virtud de Aristóteles e, irónicamente, al utilitarismo, es importante aclarar lo siguiente. Si bien, hemos visto que en Hume la utilidad juega un papel importante, al autor no se le considera propiamente utilitarista. Lo anterior es notorio en su interés por encontrar hombres y virtudes sociales al servicio de la comunidad. Si el *telos* de la virtud es la *felicidad*, al final el sistema ético del escocés se asimila al del Estagirita, pues ambas podrían considerarse éticas de las virtudes.

Me arriesgo a decir que Hume no es autor utilitarista y que su sistema ético y moral es semejante al de Aristóteles en la medida en que el escocés busca y expresa la necesidad de enaltecer las acciones del hombre virtuoso, esperando que estas sean útiles a la sociedad. Lo anterior es sintetizado por Cabezas (2008) y versa de la siguiente forma "Si la contemplación de la acción nos produce placer, la llamamos virtuosa, y si nos produce dolor, viciosa" (p. 54) Por tanto, la idea de un Hume utilitarista es totalmente contraria y va en contravía con las intenciones del autor.

iii. Sobre la simpatía social

En concordancia con lo anterior podríamos preguntarnos: ¿existe una simpatía social? Podríamos tomar las categorías simpatía y social como independientes o, en su defecto, unificarlas. En caso tal de

irnos por la segunda opción, una vez pensamos en la sociabilidad y la simpatía obtendríamos una categoría similar a la de *simpatía social*. De esta categoría se puede extraer información con base en lo expuesto con anterioridad e inferir su evidente sentido. La simpatía social es un sentimiento de simpatía mucho más amplio, pues reconoce la condición social y vulnerabilidad del hombre en conjunto, ya no como particular. La simpatía social al igual que la simpatía moral, piensa en lo que es útil para la sociedad. De acuerdo con Hume, la simpatía social está en función de la sociedad humana y propende a su felicidad o bienestar. Como indicábamos hace algunas líneas, para Hume es útil aquella acción que tiende a una virtud o cosa buena sin importar que beneficie a una persona o a toda la comunidad.

No hay que ir muy lejos o hacer uso de la imaginación para exponer aquí un ejemplo de benevolencia o *simpatía social* que tuvo una resonancia positiva en Colombia. El pasado 25 de enero⁹ del 2022, en la ciudad de Manizales, un concejal perteneciente al partido político Centro Democrático hizo uso de la aplicación InDriver¹⁰ y solicitó un servicio. El conductor en aceptar el servicio fue Don Carlos, un señor de edad avanzada. Estando próximo a llegar a su destino, el concejal Julián Osorio se aprovechó de la situación de “ilegalidad” de la App y entregó a un agente de tránsito a Don Carlos, exponiéndolo no solo al escarnio público mediante un video, sino produciendo que la inmovilización del vehículo del conductor además de los gastos de comparendo, entre otros gastos.

⁹ Tomado de: <https://www.elespectador.com/politica/voces-de-rechazo-contra-julian-osorio-concejal-que-engano-a-conductor-de-indriver/>

¹⁰ En Colombia la dinámica con las aplicaciones de transporte de pasajeros ha sido un dolor de cabeza tanto para los conductores, como para las entidades de regulación del transporte que no saben cómo proceder y para los usuarios, que se sienten más seguros solicitando un servicio mediante una App que maneja sistema GPS y una base de información bastante completa en caso de cualquier abuso o robo.

Más allá de la inestabilidad de estas aplicaciones en Colombia y la verificación de legalidad o ilegalidad de las mismas, el caso se hizo viral debido a la bajeza del acto por parte del concejal al aprovecharse del estado de vulnerabilidad y necesidad de Don Carlos para, en primera instancia, no pagar el servicio que había solicitado y, en segunda instancia, perjudicar a una persona que le estaba prestando un servicio.

El video fue tendencia rápidamente mediante la red social Twitter y hubo miles de voces de rechazo hacia la acción *repudiable* del concejal Julián Osorio. Continuando con nuestro análisis podemos inferir que los motivos por los que se viralizó el video fueron de dos tipos: voces de rechazo y voces de justificación. Las voces de rechazo se originaron a la sevicia y crueldad del acto; aunque a diario ocurren miles de situaciones similares, el ver la posición (temporal) de poder del concejal sobre el conductor (vulnerable) logra que las pasiones se muevan con más ahínco pues el grado de fuerza o viveza con que los espectadores percibieron el video fue alta.

El anterior ejemplo nos sirve para entender a profundidad la fuerza que puede llegar a tener la simpatía y, en este caso, la *simpatía social*. No pasaron ni dos días cuando un internauta se apropió del sufrimiento de Don Carlos, se contactó con él e inicio una “Vakki”, una colecta para reunir el dinero necesario para pagar las multas de tránsito de Don Carlos y sacar el automóvil de los patíos. La indignación y repudio ante el *actuar* del concejal fue tan grande que, en contraste, la simpatía compartida hacia Don Carlos logró recaudar más de \$50.000.000 de pesos colombianos.

Una vez sopesadas las acciones de ambos actores, la crueldad con que actúa el concejal es fuertemente reprochada e impulsada por un sentimiento de antipatía colectivo, pues la acción corresponde en su totalidad a la inmoralidad; en cambio, la condición de necesidad y vulnerabilidad del conductor moviliza a la simpatía social debido a la proximidad del caso. Razón tenía Hume (1968) al escribir que cuando sus sufrimientos “proceden de la traición, crueldad o tiranía de un enemigo, nuestros corazones son afectados por el más vivo resentimiento contra el autor de esas calamidades (p.108).

Don Carlos personifica la endeble condición del ciudadano de a pie en Colombia, de aquel que hace lo posible por sacar a su familia adelante mediante la honradez y el rebusque. Lo anterior puede sintetizarse con una cita de Calvo (1997) donde indica que “la conversación moral habilita para percibir similitudes que superan las diferencias, suscitando solidaridad, y vida ciudadana” (p. 61). Gracias a la viralización del video, el cual fue altamente repudiado por representar una acción inmoral y desleal por parte del concejal, una persona pudo *conversar*, ponerse en el lugar del otro, conocer las necesidades y condiciones del conductor y así compartir su historia. Esto suscitó solidaridad en la sociedad colombiana y pudo contribuir a la subsanación de un problema particular que, de igual modo, cuenta como beneficio a la sociedad en general. Sin conocer al señor ni ser cercanos a él ni a su familia, todos los espectadores pudimos compartir su miseria y sufrimiento, esto debido a la simpatía y la conversación (su herramienta).

La simpatía social comprende las virtudes sociales y su utilidad en la cotidianidad. Logramos identificar cómo un acto cruel se ve contrarrestado y superado por la compasión, benevolencia y humanidad que nos caracteriza como hombres y animales sociales. Pensar en este tipo de hechos sociales como elementos aislados de nuestra realidad es absurdo, pues “Los intereses de la sociedad no son en sí

mismos, totalmente diferentes para nosotros” (Hume, 1968, p.83). Encima, el caso anterior y todo sobre lo que reflexionemos o conversemos nos llevará a ver la felicidad o la miseria humana y, a su vez, se excitará en nosotros un sentimiento de simpatía o antipatía, de placer (orgullo) o desagrado (indignación).

iv. La *conversación* como herramienta de la simpatía para la sociabilidad humana

Con este pequeño apartado nos aproximamos al final de esta investigación, esperando poder clarificar el sentido propio de la simpatía y su vigencia o posible aplicabilidad en la sociedad actual. La simpatía es un principio moral que nos permite ponernos en el lugar del otro al punto de ser partícipes de su felicidad o miseria y, a su vez, nos permite comunicar emociones o pasiones. En este punto se esclarece lo que habíamos adelantado y se hace evidente la función de la simpatía.

Para Hume el fundamento de la simpatía es la comunicabilidad de los afectos y fortalece la capacidad de dejarnos afectar, aun cuando no soy yo la persona afectada de manera directa. La simpatía, en cuanto acto comunicativo, logra aprobar o desaprobar acciones morales. Encima, la simpatía implica la incorporación de las pasiones de los otros en mí y viceversa. Con base en la teoría de las percepciones expuesta en la primera parte, Hume (1977) explica lo anterior:

Cuando se infunde por simpatía una cierta afección, al principio es reconocida solamente por sus efectos y signos externos, presentes en el gesto y la conversación, y que dan una idea de esa pasión.

Esta idea se convierte entonces en una impresión, adquiriendo de este modo tal grado de fuerza y vivacidad que llega a convertirse en pasión, produciendo así una emoción idéntica a la de una afección original (p. 496).

La cita de Hume es ilustrativa y nos revela que las pasiones se enlazan por semejanza, cuando la pasión es igual a la original. Es la imaginación la que busca y encuentra semejanzas “con las afecciones que tendríamos si nos encontráramos en su caso; es la imaginación la que activa la alegría, la vergüenza o la aprehensión porque nosotros tendríamos esos afectos de esta en las condiciones del objeto” (Infante del Rosal, 2013, p. 196). Una vez la imaginación considera los sentimientos del otro, nos hace sensibles a estas pasiones y surge la simpatía. Este proceso ya lo habíamos visto pero es importante recordar que gracias a la imaginación y la percepción previa del sufrimiento y felicidad que he experimentado en carne propia que puedo, por semejanza, imaginar el gozo o tristeza del otro. Nada podría hacer la imaginación si no tuviese un referente perceptible con el qué equiparar la suscitación de las pasiones.

Con todo, la característica que genera mayor interés y expectativa en esta investigación es la que contempla la simpatía como principio comunicativo. Este elemento es bellísimo y se reduce a la capacidad de conversar, escuchar, ser escuchado y dar rienda suelta a la sociabilidad, elemento connatural del ser humano. La simpatía es un sentimiento interno que me permite participar del dolor o felicidad del otro, es la encargada de motivar a la pasión y acción respectivamente. No importa si un desconocido adquirió un bien inmueble nuevo u otra cualquier cosa, la emoción, felicidad y orgullo sentido por X persona es compartido conmigo, o mejor, yo comparto esa emoción, felicidad, orgullo con el otro.

Vale la pena recordar que la simpatía como recurso de la imaginación, me permite comprender el placer y el dolor del otro mediante la conversación o comunicabilidad de los sentimientos. La simpatía es un sentimiento desinteresado, imparcial, sensible y social. No puede pensarse en la moral ni en la simpatía

como elementos distantes o egoístas, por el contrario, “los sentimientos morales están basados en la imparcialidad, de modo que me veré a mí mismo ayudándote, y a un extraño ayudando a otro extraño, como moralmente equivalentes, y como merecedores de la misma alabanza o admiración” (Crisp, 2019, p. 19). Son admirables acciones virtuosas pequeñas como ceder la silla en el transporte o ayudar a pasar la calle a una persona en condición de discapacidad. Acciones que pueden sonar ridículas debido a su obviedad, pero la verdad es que son actitudes atípicas, pues pareciera que entre más avanza la ciencia más involucionamos y nos olvidamos de nuestros rasgos más humanos y sensibles.

La simpatía me da la oportunidad de interiorizar aquellas pasiones cuya excitación generan orgullo en los demás; a mí parecer, no hay principio más humano que este. Lo anterior es perfectamente enunciado por Hume (1977), quien señala que “experimento las pasiones del odio, resentimiento, aprecio, amor, valor, júbilo y melancolía más por la comunicación con los demás que por mi propio carácter o temperamento” (p 495-496). Tal como se leía hace unas líneas, Hume aboga que la simpatía produce en los seres humanos una emoción idéntica a la ajena.

En general, es cierto que dondequiera que vayamos y cualesquiera que sean los objetos de nuestra reflexión o de nuestra conversación, todas las cosas nos ofrecen un panorama de felicidad o de miseria humanas, y suscitan en nuestro corazón un movimiento simpático de placer o de disgusto. Un hombre que entra en el teatro queda inmediatamente impresionado por la visión de una multitud tan grande participando de un entretenimiento común. Y esa misma visión hace que experimente una mayor sensibilidad o disposición a ser afectado por cada sentimiento que comparte con sus vecinos.

La *comunicación* es, entonces, el puente con el otro; puente que acota distancias y me acerca al diferente. Debido a su carácter imparcial, la simpatía escucha a la razón y me permite juzgar de manera objetiva la acción moral, para así aprobar o desaprobar la misma. La conversación es un elemento activo de la sociabilidad humana. Pensar en la conversación como herramienta de la simpatía me lleva a pensar en la necesidad de crear espacios de diálogo en una sociedad tan aporreada por la violencia e indiferencia como lo es la colombiana. En la actualidad nos hace falta conversar y discutir sobre puntos contrarios y, ¿cómo se gana el bien común? Conversando y deliberando sobre lo que nos preocupa e importa.

Día a día caemos en el absurdo de pensar que tenemos la verdad absoluta tanto en el campo político como en todos los espectros de la vida. Hume nos ofrece una herramienta constituyente de la naturaleza humana pero que subestimamos e ignoramos. La belleza y utilidad de la conversación se percibe en los espacios de reflexión, cabildos abiertos, clases, en plazas públicas que habilitan el discernimiento y confrontación respetuosa de emociones y puntos de vista. Termino con la siguiente acepción de Skutch (2000) respecto a la simpatía de Hume:

Si en medio de la aflicción o el infortunio mi ánimo puede levantarse por la felicidad de otro, a partir de alguna circunstancia que a mí no me brinde ningún beneficio directo, tenemos una prueba todavía más sólida de sentimientos de simpatía (p. 97).

Conclusiones

Nos presentaron. Le dije que era profesor en la Universidad de los Andes en Bogotá.

Aclaré que era colombiano. Me preguntó de un modo pensativo:

- ¿Qué es ser colombiano?

-No sé -le respondí-. Es un acto de fe.

Jorge Luis Borges.

Ulrica, 1975.

Llegamos al final de esta investigación esperando no haber confundido al lector en medio de tantas categorías y subdivisiones. A lo largo de estas páginas hemos recorrido y abordado algunas de las percepciones de Hume sobre las pasiones, la moral, la simpatía y la sociabilidad en tres de sus escritos más representativos. Este viaje inició con una aproximación bastante somera del *Tratado*, pasando por el enfoque moral de la *Investigación* y terminando con la *Disertación*. Pese a la inconexa e incluso repetitiva apuesta moral presente en todos los textos, logramos cumplir con la resolución y objetivos propuestos al inicio.

Podemos concluir varios elementos en este proyecto, pero sin duda alguna una de las cosas más valiosas es reconocernos como seres sociales compuestos de pasiones y razón. Pensar en un ser humano carente de pasiones o de razón es imaginar un ser fragmentado o incompleto. Hume ofrece a la ética y moral una nueva perspectiva que, a su vez, podría considerarse como el giro copernicano de la ética. Hume presenta reglas morales instituidas en la parte sensitiva del hombre y no en la razón. Este cambio de

paradigma resignificó y potenció el valor asignado a los sentimientos. Hume nos habla de leyes universales que están pensadas en pro del bien general, pero no desconoce el valor y motivo de orgullo de quienes actúan para su bienestar propio, evitando caer en el dogmatismo de sus opositores racionalistas.

Ahora bien, respecto a la resolución de los objetivos trazados puedo decir que el primer capítulo contribuyó a clarificar y analizar los motivos por los cuales la simpatía es un sentimiento que regula el modo de aprobar o desaprobar acciones morales. Si bien la responsabilidad no es únicamente de la simpatía, sin la participación de la misma no tendríamos la objetividad suficiente para realizar juicios morales imparciales con la potestad de juzgar la acción, mas no al sujeto según su nivel de cercanía.

De este modo, resaltamos que el sentimiento moral se funda en la unión entre simpatía y utilidad; elementos esenciales a la hora de juzgar acciones morales sin el riesgo de caer en preferencias o privilegiar al familiar o amigo. Aprobamos aquellas acciones que nos suscitan sentimientos de orgullo o gozo y rechazamos las que generan aversión o desagrado. Recordemos pues, que se juzga a la acción según su nivel de utilidad y, además, la acción es útil y por ende virtuosa en la medida en que aporta o beneficia a un actor o a varios actores de la sociedad.

El segundo capítulo aportó a la resolución del objetivo general que tenía como fundamento exponer cómo la simpatía es un principio moral que permite comunicar deseos, sentimientos y, a su vez, contribuye a la sociabilidad humana. Los hallazgos reunidos en este apartado son esenciales para justificar que la simpatía, en efecto, contribuye a la sociabilidad humana.

En suma, se dio respuesta a la pregunta principal de la investigación, pues se logró explicar de qué manera la simpatía, como sentimiento moral en Hume, se integra como un aspecto moral y constituye un aspecto fundamental para la sociabilidad humana. Esta pregunta fue resuelta en varios espacios del escrito y fue transversal en la mayoría de acápite.

Quiero terminar este escrito enfatizando la importancia de la conversación como herramienta de la simpatía. Este es sin duda el aporte más novedoso e interesante de la apuesta humeana. Pensar en la conversación como puente acotador de diferencias y distancias nos lleva a replantearnos mejor las dinámicas sociales que hemos estado legitimando de manera irreflexiva. Hablamos, pero nadie nos escucha. No conversamos porque no hay con quién conversar, pues cada quien vive su vida dentro de una pequeña pantalla negra.

Ángela Calvo (1997) en el texto *El poder civilizador de la sensibilidad moral*, rescata algunos postulados por Richard Rorty expresados en el texto *Derechos humanos, racionalidad y sentimentalismo*¹¹, donde se manifiesta la necesidad de estudiar autores como David Hume, que han cimentado sus reflexiones morales en torno a los sentimientos, pasiones o emociones. En dicho texto, Calvo escribe sobre la necesidad de ‘corregir’ la simpatía con el fin de ser más comprensivos y compasivos con los otros. Sobre todo, en la actualidad el acto social no se basa únicamente en la conversación, no obstante, no sé hasta qué punto es posible corregir un elemento o fuerza natural. Si nos atreviésemos a hablar de cierta

¹¹ Tomado de The Yale Review, volumen 81, número 4, octubre de 1993, p. 1-20. Traducción: Anthony Sampson. Publicado originalmente en Praxis Filosófica Ética y Política, número 5 de octubre de 1995, Departamento de Filosofía, Universidad del Valle, Cali

‘educabilidad’ de las pasiones o sentimientos la percepción fuerte y vivaz se perdería, pues la espontaneidad de la experiencia quedaría sustituida por la noción normativa y racional que critica Hume.

Sin embargo, yo no estoy muy convencida de la apuesta de Calvo; soy irreductible en un punto y es que, la conversación como puente de la simpatía, amplía el campo social y nos recuerda la necesidad de crear nuevos espacios de conversación en Colombia. Esta necesidad responde a la preocupación y pasividad que percibo en generaciones cercanas a la mía. Escenarios cercanos como lo fue el paro de hace un año deberían ser motores suficientes para motivar la acción juvenil y habilitar áreas de diálogo y concentración donde la simpatía y la conversación puedan desarrollarse a cabalidad y permitamos, en el sentido hegeliano, reconocernos en el otro.

Curiosamente, fue un extranjero quien mejor describió qué es ser colombiano. Ser colombiano, más allá de significar una nacionalidad, trae consigo una constante e inagotable desesperanza acompañada de angustia. Colombia es uno de los países latinoamericanos más violentos –si no el más violento- y lleva consigo el eterno lastre del odio, perpetuado por la polarización política. La sociedad colombiana es moralmente adversa e incluso cínica. Los estallidos sociales que han caracterizado esta ‘nación’ han girado en torno a muertes, secuestros, fraudes electorales (basta con recordar el surgimiento del M-19) y desigualdad social.

La coyuntura social, moral y política actual colombiana pide a gritos escenarios de conversación, comunicabilidad de opiniones y sentimientos donde se contribuya a la mitigación del pesado ambiente de odio que vivimos a diario. Con base en el complejo contexto colombiano es que se piensa, construye y

concluye esta investigación, resaltando la vigencia de la apuesta moral práctica de Hume. Lo anterior desemboca en la necesidad de crear espacios de difusión, encuentro y conversación social que intensifiquen y reconozcan la importancia de simpatizar y acercarse al otro, logrando así el diálogo y oportunidad de minimizar el odio e indiferencia ante las realidades de los demás.

De este modo comprobamos que la simpatía, propiamente la herramienta de la conversación, nos devuelve parte de la humanidad que hemos perdido. La simpatía obra según los criterios de semejanza y contigüidad, los cuales amplían el círculo de relación, partiendo de la conversación con amigos y familia (los más próximos), pasando por una ‘conversación social’ distante y distinta a la cercana. La simpatía, entonces, no sólo aporta a la sociabilidad, sino que nos ayuda a reconocernos en el dolor ajeno, en la diferencia. Empero, no todo puede pensarse color de rosa pues la conversación también puede ser excluyente y divisoria; pero es esa la belleza de la conversación, la ramificación, y confrontación de puntos vista distintos y distantes. Por último, hago un llamado a reconocernos como seres humanos vulnerables, imperfectos, pasionales, sociales y racionales. La conversación implica el familiarizarnos con los distintos y habilita un escenario de reciprocidad.

La conversación social le da voz a los otros, a los nadies de Galeano.

Bibliografía

- Aristóteles, (1988). *Política*. España, Madrid: Editorial Gredos. (Manuela García Valdés, trad).
- Aristóteles, (1998). *Ética Nicomáquea*, Madrid: Editorial Gredos. (Julio Pallí Bonet, trad).
- Cabezas, D., (2008). *Hume Esencial. La razón es y sólo debe ser esclava de las pasiones*. Editorial Montesinos.
- Calvo de Saavedra, A., (1994). *Simpatía y espectáculo en la moral de David Hume*. Universitas Philosophica, (22), p. 11-28.
- Calvo de Saavedra, A., (1997). *El poder civilizador de la sensibilidad moral*. Universitas Philosophica, 14 (28). Recuperado a partir de:
<https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/vniphilosophica/article/view/11503>
- Calvo de Saavedra, A., (2011). *El carácter de la verdadera filosofía en David Hume* (Tesis doctoral). Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Camps, V., (2011). *El gobierno de las emociones*. Herder Editorial.
- Cano, J. A., (2011). *La teoría de las pasiones en David Hume*. Daímon. Revista Internacional de Filosofía, Vol 52, p- 101 - 115.

Carrasco M, A., (2018). *Sentimentalismo escocés: Hume y Smith contra el egoísmo moral*.

Pontificio Seminario Mayor San Rafael Valparaíso, Veritas, (39).

Crisp, R, (2019). *Hume: sobre virtud, utilidad y moralidad*. Τέλος. Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas. XXXIII (1-2), p. 9 – 35.

Epicuro, (2012). *Obras completas*. (José Vara, trad). Cátedra Letras Universales.

Figueroa, L.C., (2007). *Humor y libertad civil en la Polite Philosophy de Lord Shaftesbury*.
Repositorio Universidad Javeriana.

Gelvez, H., y Rojas, C., (2019). *Los conceptos de simpatía y humanitarismo en la filosofía moral de David Hume*. Cuestiones de Filosofía, 5 (24), p. 115 – 135.

González, A.M., (2013). *La sociabilidad humana según Hume: de los círculos naturales de simpatía a la formación de un juicio moral imparcial*. En *Sociedad civil y normatividad. La teoría social de David Hume*. Editorial Dykinson.

González. A. M., (2011). *La oposición de pasiones y su superación en el trato social según Hume: familia, castidad y cortesía*. Thémata. Revista de Filosofía. Universidad de Navarra. N° 44, p. 308 – 325.

Hobbes, T., (2014). *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*.
(Manuel Sánchez Sarto, trad). Editorial Fondo de Cultura Económica.

Hume, D., (1968). *Investigación sobre los principios de la moral* (Manuel Fuentes Benot, trad.).

Editorial Aguilar. Trabajo original publicado en 1751.

Hume, D., (1977). *Tratado de la naturaleza humana* (Felix Duque, trad.). Editora Nacional.

Trabajo original publicado en 1739.

Hume, D., (2012). *Disertación sobre las pasiones*. (José Luis Tasset, trad.). Editorial Gredos.

Trabajo original publicado en 1757.

Infante del Rosal, F., (2013). *Simpatía, naturaleza e identidad en Hume*. Revista Eikasia, (551), p, 177-204.

López, L, F., (2015). *El papel de la simpatía en la educación ética-estética / The role of charm in ethic-esthetic education*. Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las ideas, 17 (2), p, 43 - 56.

Martínez, M., (2008). *Hobbes y la moral egoísta en el estado de naturaleza / Hobbes and Selfish Morality in the State of Nature*. Ideas y valores, (136), p. 5 – 25.

Mercado, J, A., (2004). *David Hume: las bases de la moral*. Cuadernos de anuario filosófico. Departamento de Filosofía de la Universidad de Navarra. N° 172.

Mestre, C, J., (--). *El emotivismo moral y el diálogo racional. El tránsito entre la moral individual y la ética universal*. A parte Rie. Recuperado de <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/chust.pdf>

- Nussbaum, M., (2008). *Paisajes del pensamiento: la inteligencia de las emociones*. Editorial Paidós
- Pinedo-Cantillo, I. A y Yañez-Canal, J., Canal, J. Y., (2017). *La dimensión cognitiva de las emociones en la vida moral: los aportes de Martha Nussbaum al estado actual de la discusión*. Cuestiones de Filosofía, Vol 3 (20), p, 105-127.
- Pinedo-Cantillo, I. A., & Yañez-Canal, J. (2018). *Las emociones: una breve historia en su marco filosófico y cultural en la Antigüedad*. Cuadernos de Filosofía Latinoamericana, 39 (119), p. 13 – 45. DOI: <http://www.doi.org/10.15332/25005375.5049>
- Sánchez, M., (2014). *Leviatán o la material, forma y poder de una república, eclesiástica y civil*. Fondo de Cultura Económica.
- Skutch, F, A., (2000). VI. *Los fundamentos innatos de la moralidad*. Revista. Filosofía Universidad. XXXVIII, (95), p. 87 – 106.
- Tellez, Carlos., (2010). *Razón, pasiones, y moralidad en David Hume*. Uniandes.
- Zuluaga, D., (2006). *El deseo más allá de la simpatía (Desire beyond sympathy)*. Ideas y valores, (132), p, 31-52.

